enriquelenari

ENTONCES SÓLO LA NOCHE

RECUERDOS DE UNA CONFRONTA A CARGO DE ROCCO CARBONE

ENTONCES SÓLO LA NOCHE

Ferrari Enrique

SEGUIDO DE UNA ENTREVISTA A CARGO DE

ROCCO CARBONE

Estas páginas son para Sol, como todas las otras. Me gustaría, entonces, que las compartiera con Juan y Ana, quienes desde hace un par de años vienen alimentando mi vida y mi literatura con nuevas ideas y nuevos entusiasmos.

Esta es la noche: quien no pudo sentirla así no la conoce. Todo en la vida es mierda y ahora estamos ciegos en La noche, atentos y sin comprender.

J. C. Onetti

It is awfully easy to be hardboiled about everything in the daytime.

But at night it is another thing.

E. Hemingway

LOS MUERTOS

Sólo entonces comprendí que morir es no estar nunca más con los amigos.

G. García Márquez

Me desperté hace un rato, muy temprano.

Sin vestirme, sin mirar la esbelta desnudez del cuerpo de Irina, dejo la suavidad arrugada de la cama –los pliegues que las horas allí dormidas y las pasiones nocturnas marcaron en las sábanas violetas– tratando de no hacer ningún ruido ni movimiento brusco que la despierte, menos por consideración a su sueño que por ganas, necesidad casi, de estar solo.

Con el sonido de la lluvia como música de fondo, como banda sonora de las seis de la mañana de este domingo de verano, empiezo un inventario de la habitación, de los objetos que pueblan el living de este departamento al que me mudé ayer, que hará las veces de mi nueva casa.

Hay un sillón grande, mullido, en el que me aplasto.

Hay una mesa ratona con platos, restos de comida, una botella de vino vacía, cubiertos sucios, dos copas usadas, un vaso limpio.

Hay un equipo de música y un montón de CD tirados en el suelo.

Hay un florero, con una única flor.

Hay varias cajas llenas de libros, mi mejor tesoro, acaso el único.

Hay una botella de Johnny Walker Etiqueta Azul sin abrir, que me regaba alguien, arriba de una de las cajas.

Hay dos valijas, con ropa.

Hay un ventilador de techo ronroneante para el húmedo calor de un día cualquiera de verano.

Hay una computadora sobre un escritorio, junto a un gran ventanal con una vista espléndida del lado caro de La Ciudad.

Hay un gato, que me trajo Trina ayer –para tu nueva casa, dijo, me pareció mejor que regalarte una planta–, junto con las dos botellas de vino que tomamos en la cena.

Me acerco al equipo de música y pongo un disco, bajito para no despertarla y para que Piazzolla se mezcle dulcemente con el sonido de las gotas contra la ventana. El primer tema es *Ausencia.*

Sobre una de las valijas hay una bolsa con una vasta pila de cartas de Tomer, el ácrata demente. Viejas cartas de cuando, una vez más, nos habíamos ido de La Ciudad por distintos rumbos y soñábamos con volver, una época en que nos escribíamos dos o tres cartas mensuales y cultivábamos la amistad epistolar, ese diálogo diferido en el papel.

Tomo la primera de la pila y leo.

. Afortunadamente hay mentiras bienintencionadas que quedan en pie: que el espíritu puede evadirse y ser libre y creador y sensible, que el futuro es territorio virgen, la venganza posible, el tiempo mucho y generoso, que la ignorancia no es invencible y el amor de una mujer puede superar todas las miserias, que uno es la retaguardia de sus amigos.

Si. Nietzsche, lo que no me mata me fortalece, ay, Frederich, ay. Lo que no me aniquila me deja parapléjico.

De pie nosotros, los muertos.

El fantasma de mi espíritu sigue soñando con matar a Dios; con poner al odio en el trono, al odio que es justicia.

Me estiro hasta la botella de whisky, la destapo y sirvo un poco en el vaso limpio pero no bebo todavía, juego con el líquido ambarino y translúcido, dejo que mis fosas nasales se dilaten y se llenen del aroma de los quince años y la inmensa sabiduría de los escoceses.

Al gato le gusto. Se sube al sillón y se acomoda contra mi pierna de forma tal que puedo llegar hasta el vaso –ahora sí, tomo un trago, que calienta la lengua y entumece los sentidos– y él dormir sin

molestarnos.

Se podría llamar Lónnrot, propuso Irina cuando lo trajo.

No sé, dije, Lumpen me gusta más.

Y así creo que se va a llamar: Lumpen. Un homenaje a los años pasados, a los días de furiosas peleas en el Docke, cuando todos éramos aún jóvenes e inmortales y el fracaso de nuestros planes, que nos había dejado sin Norte, nos invitaba a cualquier aventura, siempre que fuera peligrosa y sin sentido.

Un gato implica un lugar al que llegar, o mejor: un lugar al que volver, dijo Irina, que empieza a apostar, a invertir.

Yo pensé mejor ni lo intentes, nena, no es mucho lo que queda, ella no dejó nada en pie; pero no lo dije.

Un gato puede ser un hogar, sugirió.

Y es cierto, pienso ahora mientras lo acaricio. Un gato puede ser un hogar, lo más parecido a una patria que puedo concebir.

Patria y Hogar, pienso, sólo me falta Dios.

Me río.

Después decido que mejor voy a hacer mate y me dejo de whisky y boludeces.

La alfombra, los muebles y los almohadones son blancos, las paredes anaranjadas. El gato –que es chiquito y de un color que no llego a definir, un color que con elegancia, con paso gatuno, se escapa de mi percepción cromática– me sigue a la cocina.

Pongo a calentar el agua, saco el equipo completo del segundo estante de la despensa y preparo el ritual: lleno el mate en tres cuartas partes, lo sacudo boca abajo para despojarlo de los restos de polvo, después hago la isla en una mitad y agrego agua tibia en la otra, cuando la yerba se hincha clavo la bombilla en diagonal y espero que el agua termine de calentarse, un poco antes del punto de hervor.

El ventanal que da a la Avenida General Lanza, me llama.

Con el termo bajo el brazo y el mate en la mano, como un uruguayo, me paro muy cerca del ventanal casi tocando el vidrio, y mis ojos se llenan de La Ciudad que se despereza y amanece: el

hipódromo, el campo de polo, la anchísima avenida ladeada por edificios altos y curiosamente bellos, el enredado de los cables telefónicos y las seis de la mañana del domingo vistos desde el piso diecisiete.

El cielo empieza a aclararse, a perder el denso azul de la noche a favor de un gris acerado, como de plata bruñida. El lado caro de La Ciudad tiene hasta un cielo mejor, pienso, mientras cuento las estrellas que, pese a la llovizna, quedan rezagadas en este amanecer de enero.

Cebo el primer mate, espumoso y caliente. Una chupada larga me devuelve la certeza tantas veces confirmada: ésta es la bebida perfecta, una bebida con alma que, como el whisky, se bebe con la lengua y el paladar y guarda su sentido último en el reflejo que deja en el final de la garganta.

Saco un puñado de cartas de la bolsa y vuelvo a ese diálogo de fantasmas.

Tomo mate y leo párrafos de cartas de hace varios años atrás.

Un muerto escribe.

Un muerto lee.

Acá un muerto con mi nombre, algunos recuerdos, unos pocos gestos, el eco de mi voz.

Allá un muerto por el que nunca pude hacer luto: el ácrata demente, el Perro Ventrílocuo de Dios, la Ultima Línea de Defensa.

En medio –entre esas cartas y esta noche–los días salvajes, los cambios de piel, los repetidos exilios y regresos, las mujeres, los des encuentros, su desprecio, mi odio, la tristeza, la realidad. Las tristezas de la realidad.

Y es leyendo que cedo a la tentación. El gato me sigue hasta el escritorio y se echa sobre uno de mis pies, yo me siento frente a la computadora y la enciendo.

Como decíamos ayer, escribo.

Recomenzar, escribo después, ésa es la palabra, come; le gustaba repetir a un gran amigo nuestro.

Escribo, escribo. Escribo sabiendo que es inútil.

Un muerto escribe.

El fantasma del tipo que yo era hace diez años, imita el gesto y las formas de aquellas cartas y escribe.

Un muerto lee.

La sombra que mi memoria refleja del tipo que él era hace diez años lee.

Borro todo lo escrito y la pantalla vuelve a ser blanca, como los almohadones, la alfombra, el sillón.

Leo otra carta de la pila. Al terminarla, tomo la siguiente. Y leo.

Sonrío a esas páginas de sabrosa conversación, trato de dialogar con aquel que las escribió, pero él me ignora. Y hace bien; está hablando con su amigo y en esa charla yo sobro.

Leo.

No sé muy bien qué decir, camarada.

Me gustaría volver a una finche perfecta. Me gustaría estar sentado, bajo una lluvia torrencial, en la esquina de Santa María y Anchorena, en la puerta del almacén de la griega, justo en la ochava. Me gustaría estar tomando cerveza de la botella, escuchando la lluvia, alerta a la presencia de la policía. Y me gustaría decirte, esta vez sí, que le voy a extrañar cuando me vaya nuevamente de la Ciudad, que me vas a preocupar y alegrar, que me vas a seguir acompañando todos los días, que ninguna posibilidad de paliza en un Docke desierto parece muy grave si vos estás cerca.

Es curioso que uno esté preparado, que tome como algo natural la ruptura con la que creyó la mujer de su vida, pero nos cueste tanto digerir que una amistad puede perderse así como así, entre la noche y la nada. Ya fue dicho: las tristezas de la realidad.

Recuerdo que para terminar una discusión, la última, uno de los dos dijo pongamos sobre esto un manto de piadoso silencio, por los amigos que una vez fuimos.

Los amigos que una vez fuimos, escribo ahora.

Escribo: una vez fuimos merecedores de esa amistad perfecta,

blindada, y eso, Tom, es mucho más de lo que casi todos los mortales pueden decir. Después, escribo, dejamos de merecerla.

¿Para qué, o mejor, por qué esta carta, entonces?

Para tratar de volver, pienso.

Volver, escribo.

Pienso que ése y no otro es el gran sueño de lo imposible. Volver, ésa es la Utopía que estamos persiguiendo desde hace tantos años sin resultado.

Volver.

Volver al barrio, a los días mejores, a una noche perfecta, con la frente marchita, vencido a la casita de mis viejos. Volver y ser millones. Volver para repetir las horas o para corregirlas.

Volver.

Utopía. No hay tal lugar.

Le escribo a un muerto, escribo entonces.

El muerto que habita en mí me dicta palabras para que se las escriba al amigo que le dice, desde una hoja poblada por los hermosos caracteres de una Underwood prehistórica, leída mil veces, gastada por años del roce de los dedos y los vasos y los dobleces: *De pie nosotros, los muertos.*

Y no escribo lo que me dicta sino esto que lees, escribo. Quizá buscando entrelineas, escribo, se podría encontrar al menos el eco de su voz.

Pero no escribo lo que él me dicta sino estas líneas de mierda, escribo, entre las cuales, si enviara esta carta, vos no vas a dejar que el muerto que te habita lea lo que su amigo –desde el patio de una casa en la Avenida Juan B. Justo, años atrás, borracho de alcohol y confusión y libros y el amor de una mujer pelo enrulado– le dice, y que ni vos ni yo podemos entender.

Probablemente veas en esta carta la retórica de un traidor, de un imbécil, de un muerto, escribo. No sería extraño, ya casi nada nos une y hay sólo nueve palabras en estas páginas que tienen alguna importancia, escribo, el resto es vacuidad.

Un muerto escribe.

Un muerto lee.

Me gustaría no recibir nunca respuesta, ni acuse de recibo, ni nada, que tires esta carta a la mierda ni bien termines de leerla y vuelvas a tus cosas; escribo sabiendo ya que nunca la voy a imprimir, que nunca la voy a mandar.

Buenos días, dice Irina, parece que madrugamos hoy. Tiene los ojos lagañosos e hinchados, el pelo revuelto, la boca tumefacta de quien recién se despierta; sube el volumen de la música. El gato se estira a mis pies y el pulso intenso de *Libertango* se estira por todo el departamento, crece y lo llena.

Hola, contesto, y querés un mate?

No, dice, no todavía.

Me cebo otro entonces y sin guardar lo escrito, sin imprimirlo, sin seguir siquiera los pasos correctos, apago urgido la computadora y las voces del pasado. Más allá del ventanal, el día muestra su rostro; más acá, los muertos ocultan el suyo.

MEDIA HORA

Nothing was solved when the fight was over, but nothing mattered.

C. Palahniuk

Doce del mediodía. Cada minuto es una patada en el culo.

Estoy a diez mil kilómetros de todas las personas y de todos los lugares que quiero, en un trabajo durísimo y que no sé hacer, con documentos falsos, entre jefes y compañeros que hablan el slang embrutecido de un idioma que apenas balbuceo, bajo una temperatura apta para lagartijas pero no para la vida humana.

Sed, cansancio, hastío. Un sol insoportable, enorme, blanco, sucio. Y el calor. Un infierno.

Doce del mediodía.

Me seco el sudor de la frente y vuelvo a poner en marcha la máquina. Siento temblar el motor. Siento que mi brazo se está por desarmar.

Hace unos meses, justo antes de mi huida de Buenos Aires, y de los alquileres atrasados y de las noches sin cena, fue el accidente.

Después de casi un año sin trabajo –desde que me echaran de la editorial– había empezado a manejar un taxi. Un Peugeot 504 en bastante buen estado.

Viraba buscando pasajeros que no existían, lento, aburrido. En la radio sonaba *Tabaco*. Casi había cruzado la bocacalle de Humberto Io y Calvez cuando sentí el impacto. Un nenito apurado en un Fiat azul calculó mal y chocó de lleno la rueda trasera del 504.

Puta madre, pensé.

Tenía el brazo derecho apoyado sobre el volante y el izquierdo afuera, colgando por la ventanilla. Perdí el control. El Peugeot hizo

dos trompos y volcó sobre mi brazo izquierdo.

Ocho de la mañana. Pánico, vidrios rotos, dolor, hospital, radiografías.

¿Tendones destrozados? ¿Sólo un hueso roto? ¿Gangrena? ¿Músculos deshechos? ¿Podes mover los dedos? ¿Habrá que amputar debajo del codo?

Las dudas duraron un par de semanas. Cuando estuvieron seguros de que la infección no iba a afectar el hueso me operaron.

Veinte puntos, una placa de platino, ocho tomillos. Dolor, dolor, dolor.

Pocos días antes de viajar, mientras me sacaba los puntos, la doctora Splitz me recomendó enfáticamente que no hiciera ningún esfuerzo hasta que la recuperación fuera completa.

– ¿Y cuándo va a ser eso? –pregunté.

–Va a tomar un tiempo. Cuando sientas que el brazo roto funciona igual que el otro te vas a dar cuenta, no te preocupes.

Pero la necesidad, nos enseña el saber popular, tiene cara de hereje. Y acá estoy: sin fuerza suficiente aún en el brazo izquierdo como para levantar una botella de cerveza y manejando esta máquina endemoniada de trescientos kilos.

Doce y media. Lunch time. Media hora.

Me saco la remera y cruzo la calle.

Nada.

Nada, me repito.

Nada tiene sentido y no sé cuál es la próxima jugada ni de dónde sacar fuerzas para hacerla. Hasta ayer a la noche engañaba mi angustia con música, cerveza y la inminente llegada de ella.

Hasta ayer.

Diez y media de la noche. Cerveza con whisky, combinación siempre brutal. Un disco y otro y otro y otro. Sonaba el segundo de 7 Whiskies Dobles.

Sólo un puñado

historias sucias,

tardes de hipódromo y noches de putas.

Estaba tirado en el sillón, los ojos bien abiertos, el vaso de veneno en la mano, cantando.

Trabajos horribles, amores dementes, soledad, tristeza, resaca y mala suerte.

Sonó el teléfono. Estática y eco en las voces.

Me negaron la visa, dijo.

Por lo menos seis meses, dijo.

No sé qué hacer, dijo y lloraba.

Te amo.

Te amo, dijo.

Te amo.

Once de la noche; once de la noche y diez mil kilómetros. Soledad, tristeza, resaca y mala suerte.

Ahora entro al supermercado. Voy al mostrador donde hacen los sándwiches a buscar uno. Sándwich–con–todo–lo–que–se–pueda–ponerle. Hay cuatro personas esperando.

Tic-tac.

Tic-tac.

Tres.

Tic-tac.

Dos.

Tic-tac.

Tic-tac.

Uno.

Al menos por unos minutos el aire acondicionado me resguarda del calor. Mi tumo, mi sándwich. Busco un paquete de chicles y una lata de Heineken.

Caja de menos de seis productos. Tres personas delante de mío.

El primero está comprando dos latas de arvejas, una caja de hamburguesas, ketchup. Tiene un problema con su tarjeta de débito, no recuerda el código o algo.

Espero.

Tic-tac.

Tic-tac.

Al rato logran que la tarjeta funcione.

Siguiente cliente. No puedo creerlo. La señora tiene todos los años posibles, varios más de lo que resulta admisible y muchísimos más de los recomendables. Su compra: leche, dos cepillos de dientes, shampoo, pastillas de menta, un pote de crema.

Ocho con cincuenta y siete.

La señora no entiende por qué o no está de acuerdo, discute cada uno de los precios, muestra unos cupones de descuento.

Ocho con cincuenta y siete.

No acepta razones, agita los cupones en el aire.

Ocho con cincuenta y siete.

Mi media hora de almuerzo se evapora como un charco de orines en el cemento.

Ocho con cincuenta y siete.

De alguna forma la convencen. Paga.

Una persona más. Mi clase de mujer. Menos de veinte años, para empezar. Pelo negro, revuelto, larguísimo, gesto de sueño y desencanto. Dos sobres de Alka-seltzer, una botella de Cocacola. La camiseta puesta al revés, lentes de sol, un short de jean raído. Resaca y apuro.

Pero es el horario en que cambian los cajeros. Cuentan monedas, conversan tranquilamente, separan los billetes en dos sobres y escriben algo en una planilla.

Tic-tac.

Tic-tac.

Tic-tac.

La chica de la resaca consigue pagar y sale disparada, imagino que a esconderse en la oscuridad. Y yo querría irme con ella.

Mi turno.

Sándwich, dos cuarenta y nueve.

Cerveza, uno con veinte.

Chicles, veinticinco centavos.

Impuesto, veintitrés centavos.

Total cuatro con diecisiete.

Pago con un billete de cinco. El cajero está nervioso, se complica con el ticket y el cambio. Parece nuevo, quizá sea su primer día o quizá sólo sea un subnormal. Es pelirrojo y tiene la cara plagada de pecas y granos.

Nunca voy a salir de este lugar, pienso, éste es el infierno que mis diecisiete demonios personales me tenían destinado: esperar en una fila, siempre.

–Eight y three cents your change, sir –dice Cara-de-acné–. Have a nice day.

Salgo del supermercado y me sumerjo en el imperio del enfermo sol blanquecino.

Doce y cincuenta y tres. En siete minutos tengo que estar trabajando otra vez.

Cruzo la playa de estacionamiento en diagonal, para ganar unos segundos. En cualquier caso mi paso es lento, me pesan los borceguíes, el calor de este infierno tropical, la perspectiva del almuerzo apurado y otras cuatro horas de trabajo pesado, el

sinsentido.

Sol, tedio, nada.

Nada.

Sin darme cuenta estoy molestando en el camino de los autos que quieren salir del estacionamiento. Camino cruzando su senda en diagonal y sin mirar.

El tipo es rubio, es gordo, es exageradamente americano. Tiene una gorra de béisbol que dice *Marlins,* va con sus dos hijitos en un Mustang gris, del año. Seis cilindros en ve, aire acondicionado, compactera para seis CD, parlantes Bose, air—bag, dirección hidráulica, cinco velocidades automáticas, levanta cristales electrónico.

No me insulta, no me grita que me corra, no me toca bocina.

No.

Hace rugir el motor y corcovear al Mustang gris –equipado a full– amenazando con tirármelo encima.

El sol brilla sobre mi cuerpo cansado, pero en mí nace la noche. Puedo sentir la incredulidad y el odio creciéndome en el pecho, puedo sentir cómo se espesa la sangre en mis venas.

Lanzo una patada certera que se estrella contra el guardabarros gris. El guardabarros se abolla, se rompe el equilibrio; acabo de anular una forma de la perfección. Una menos cinco. Nervios, tensión, furia. Empiezo a temblar y me duele el brazo.

Aprieto la mandíbula.

El gordo trata de bajar. Otro borcegazo –esta vez en la puerta– lo deja atrapado, hecho sándwich: la puerta contra el pecho, la espalda contra el cuerpo del Mustang. Suelto la bolsa y la lata de Heineken hace un ruido sordo contra el asfalto. Cuando la abra va a chorrear un montón de espuma, pienso.

El primer derechazo golpea de lleno en el rostro desencajado y rubio. Es el turno de la izquierda. Golpeo y me duele, la furia crece bajo la prepotencia blanca del sol.

La cara del tipo del Mustang se desfigura y muta. Ahora es el

ex ministro de Economía –padre del plan, uno de los rostros visibles de la recesión y el desempleo–, un golpe. Ahora es Zapata, el supervisor que me echó de la editorial, otro golpe. Ahora es cada uno de los que me basurearon mientras buscaba trabajo, otro golpe. El tabique nasal pierde su forma y hay sangre. Ahora es el pibito apurado que chocó mi taxi, golpe. Ahora es el cónsul negándole a ella la visa, otro golpe más. La anciana que no entendía ocho con cincuenta y siete, el cajero pelirrojo y con acné, yo mismo. Golpe, golpe, golpe. La cara es una masa enrojecida y amorfa.

Me duele mucho el brazo. El tipo cae.

Pateo la puerta una vez más y siento el crujir de huesos rotos y un quejido. Mala suerte, la mano le había quedado en el camino de la puerta.

Pero el crujido me vuelve a la realidad. Veo a los nenes llorando en el asiento trasero, la cara entumecida, la mano fláccida y amoratada. Veo la estupidez de todo aquello. Repaso: mi visa expiró hace tres días, trabajo con documentos ajenos –por nueve horas diarias soy otro, soy Scott Zambrano–, acabo de romperle la mano y la nariz a un ciudadano americano. De dieciocho a treinta y seis meses a la sombra y deportación.

Busco alrededor y no encuentro curiosos. Fue bastante rápido, en cualquier caso.

Me pongo la remera, cruzo la calle apurado y me alejo un par de cuadras antes de sentarme bajo la sombra de un árbol a almorzar.

Tres minutos para la una. Nada pasó y ya pasó todo.

Voy a volver tarde al trabajo, pienso.

Quizá me den una advertencia.

Quizá me suspendan.

Quizá me echen.

Abro la lata de Heineken. Perdió frío y chorrea un montón de espuma. No importa.

Tomo un trago. Nada importa.

A VECES SE PIERDE

I don't have anything la say.

I feel like all out of words inside.

I give her the glass and sit down in the chair.

I drink my drink and think it's not ever going tu be the same.

R. Carver

La cama, tres libros de Kafka –*El Proceso, Consideraciones acerca del pecado* y *América*–, la estufa, una botella de whisky por la mitad.

Vuelve a negar con una frase corta toda posibilidad de mover su cuerpo de allí, de la tranquilidad y el calor de ése, el de ellos, refugio de la calle Gascón. Repite, como lo viene haciendo desde hace meses, que nada que a él le interese hay allá afuera donde sólo los esperan dolor o estupidez u odio o esa perfecta combinación de los tres que tan bien suele preparar Buenos bares.

–Nada que no esté entre estas paredes, amor, entre la pila de discos y libros desordenados, esta botella, tus piernas suaves.

Nada que ir a buscar: no hay fiesta ni promesa ni oportunidad.

Ella está cansada y aburrida y cansada de estar aburrida. Le dice –también de nuevo, también en una escena repetida por meses– que salga de su trinchera sólo por esa noche y la acompañe. Dice que ya está harta de la monotonía de canciones y de terminar la noche en la misma cama en la que empezaron el día, sacando whisky por las orejas.

El whisky. Todo el tiempo hacen planes para dejar la bebida o para beber menos. Y fallan. Algunas veces parece que lo van a conseguir, pero... Siempre hay un pero con la botella. Su mejor intento fue unos meses atrás. Después de un tiempo de desorientación y ansiedades él descubrió que el café tomado en exceso podía ser un buen substituto para el whisky. Encontró cierto placer en la sensación

de inestabilidad –como si tuviera un animal vivo adentro, decía– los temblores involuntarios en los músculos y los nervios, los repetidos insomnios; en la furia de la cafeína. Entonces vaciaba un termo tras otro. Ella lo acompañaba en el café, igual que antes se emborrachaba para acompañarlo.

Pero el alcohol siempre vuelve. Siempre. Y allí están otra vez, whisky de por medio.

–Quiero salir, ver a otra gente, escuchar otras músicas y otras charlas, beber de otras copas, hacer algo distinto –pide ella con voz de mimo y de queja.

–Andá adonde quieras, cuando vuelvas yo voy a estar acá.

Es inútil. Ella siente que cae y se aferra al vaso. No quiere. No de nuevo. No quiere jugar más a la viuda del Dr. Nihilismo. No quiere que le pregunten ni una vez más si se separaron ni tener que volver a aclarar que él no está preso ni muerto. No quiere que nadie vuelva a decirle dale, si total tu novio no está.

–No se trata de eso, es que ya nunca vamos juntos a ningún lado –dice.

Hace girar el vaso en la mano, sin beber, mientras el hielo le resta consistencia al whisky. El bebe directamente de la botella, un trago tras otro, como si tratara de matar a la bebida, como si esta noche el alcohol fuera un enemigo y no un aliado.

–Además conocés a la gente. Es una fiesta de amigos, por Dios, mi amor, hay una vida fuera de los libros, ¿cuánto hace que no vamos a ninguna fiesta? Dale, che, hace tanto que no salimos. No me dejes sola hoy, no esta noche.

–No te dejo sola, amor…

Hace una pausa mientras se levanta a cambiar el disco. Ofrece con un gesto llenarle el vaso, ella se lo muestra, intocado y, con un gesto, niega.

Él toma un trago largo y sigue.

–A mí también me gustaría que tuviésemos el mismo plan, que vos tuvieras ganas de quedarte acá, enredada entre las sábanas y las botellas. Yo también, amor, preferiría hacer lo que quiero, con vos. Sabés los días por los que estamos pasando y sabés también que

cuando las cosas se ponen así yo prefiero quedarme, agazapado con vos y con ellos –y hace un gesto con la mano derecha que abarca casi todo el departamento y confirma: libros, discos, botellas–, pero qué vamos a hacer, a veces se pierde: tu plan esta noche es ir a esa fiesta, el mío leer a Kafka escabio y poner el mismo disco una y otra y otra vez. A vos te gustaría llevarme a que nos rodeemos de gente y música fea y humo, a mi me gustaría leerte en voz alta hasta que nos quedemos dormidos. No te dejo sola, vos te vas, no me dejás solo, yo me quedo. Una vez más: a veces se pierde.

Los dos saben que esas palabras, dichas tantas veces, están siendo distintas esta noche, algo indefinible o innombrable les está dando otro tono, otro color. Un mal augurio envuelto en un presentimiento jodido escondido en el lugar equivocado. Como fue dicho, a veces se pierde. Y algunas veces pierden todos.

Ella termina de vestirse, se mete en el baño, con el vaso en la mano pero aún sin beber, y empieza a maquillarse frente al espejo. El sigue inalterable, interrumpiendo la lectura sólo para llevarse la botella a la boca o escribir algo en el cuaderno de tapas negras. Cuando ella sale del baño se miran una vez más, pero no ven mucho.

El vuelve a encerrarse en el libro, ella mira por la ventana. Empieza a llover y gotas gruesas golpean el vidrio. Más allá el asfalto y algunos autos, unos pibes tomando cerveza guarecidos en un umbral, una pareja abrazada caminando a paso rápido, un perro perdido. Nada más que lluvia y la calle Gascón creciendo hasta perder los límites del barrio al cruzar Cabrera.

Se acerca, hermosísima. Le duele a él tanta belleza y la sensación de lo irrecuperable. Buscan ambos, en vano, las palabras que reconstruyan lo que sea que se derruyó.

–Vuelvo tarde –avisa ella, pero tampoco ésas son las palabras.

Se siente más sola que nunca.

–Cuídate, amor.

Se despiden con un beso triste, triste.

Ella saca la campera y el gorro de lana del ropero y sale sin hacer ruido. Apenas después empieza a sonar el teléfono. Tirado en la cama y tras el libro él lo mira y no contesta. Deja el libro a un costado, junto a la botella.

Singing

fee fi fo fum

I smell the blood of a scottish man fee fi fo fum

United Kingdom, here we come.

Canta junto al disco y espera. El teléfono suena cinco o seis timbres. Después para. Entonces puede volver a la botella – a la botella, a su inmensa tristeza y a Kafka– mientras ella se aleja, sola, bajo la noche y la lluvia.

LA PASIÓN SEGÚN JOTACE

When they kick at your front door.

How you gonna come?

Whit your hands on your head.

Or the trigger off you gun?

P. Simonon

1

La escucho levantarse. Sentada en el borde de la cama se pone las medias, unas medias blancas bastante gruesas, con los talones gastados y los elásticos vencidos, que abultan sobre sus tobillos. Se para en silencio y yo pretendo que duermo. Por el rabillo del ojo, mientras se despereza, espío la espalda fibrosa, el culo redondo, perfecto, apenas contenido por la brevísima bombacha de algodón, los hombros suaves, los brazos delgados, sus manos. Esas manos. Se da vuelta como buscando algo: espío ahora los ojos hinchados por las horas de sueño y las desmesuras de la noche anterior, la boca entreabierta de labios entumecidos y rosados. Levanta mi remera, la que yo dejé tirada a los pies de la cama al acostarme, y se la pone, pero primero la olisquea un poco y ríe quedamente.

Sale de la habitación caminando despacio, cuidadosa de no hacer mido, y desde la cocina llega el del agua entrando en la pava, el chasquido del fósforo, el ritual que terminará en mate o café.

Y queda pizza de anoche, pienso y suspiro. Ella parece un buen puerto, acá podría quedarme, dejar de correr de pollera en pollera, de un olor a otro. Supongo que él sabrá entender, me justifico ante mí y ante nadie.

Yo no había vuelto a pensar en Verónica hasta unos días atrás, cuando Cadena la nombró para contarme con aburrimiento su reciente ruptura, esa historia repetida tantas veces: que ella no quiere que siga, que tiene miedo de que caiga de nuevo, que él sólo sabe hacer esto,

que cada uno nació para lo que nació, que yo entiendo, dijo.

Así que fragüé un encuentro casual. Verónica seguía, como era de esperar, joven, hermosa, plena; y yo, como casi siempre, tenía sed de juventud, de belleza, de plenitud.

–llora de desayunar, vago... –susurra Verónica sobre la bandeja con el mate y el termo, una cerveza para mí y el plato con pizza fría. Sólo puedo agradecer el milagro de que esté acá conmigo, pero no puedo entender las razones.

Pienso de nuevo que en ella podría quedarme, descansar en sus veintidós años, en este desayuno en la cama, en sus inocencias y sus hostilidades jóvenes. Descansar en su sexo, su mirada franca, en su avidez y su curiosidad.

– ¿Quién sos? –me preguntaba anoche, entre jadeos, con mi hombría dentro de ella, gozándonos, mientras me abrazaba su húmeda femineidad– ¿Quién?

Movía su cadera, frenética, me clavaba los dedos –desprovistos de largas uñas de vampiresa, con sus uñas roídas de adolescente inquieta– en el pecho; la mirada perdida tras los ojos entrecerrados.

– ¿Quién, Jotacé, quién?

Y en sus preguntas comenzó a crecer mi excitación; yo limaba su sexo cálido, apretaba el culo redondo mientras mi boca acariciaba su pecho o sus labios sin saber quién era, cuál era; sin saber qué nombraban esas dos letras transformadas en palabra –con un fuerte acento en la última vocal– que es, desde hace años, mi nombre. ¿Juan Carlos o Javier Castro? ¿Jesucristo o Julio Cesar? ¿Jorge Clovimowich o James Caymes? ¿Qué clase de broma? ¿El bebedor empedernido, el rockero melancólico, el ladrón solitario, el Don Juan? ¿Cuál? ¿O cuáles? Quizá mi pasión fuera ésa: perderme o encontrarme, reinventarme y seguir. La Pasión según Jotacé.

– ¿Pongo música? –propone ahora con el pelo revuelto embelleciéndole la cara y, sin esperar respuesta, se acerca a la pila de discos y agrega– ¿Cebas?

La presencia de una mujer puede cambiar todas las cosas, puede hacer mágicas hasta las más cotidianas, las más irrelevantes. Abre la ventana y empiezan a entrar luz y los primeros ruidos del domingo a la mañana que se despereza sobre la Avenida Avellaneda.

La música crece en los parlantes con la guitarra de Skay que machaca más de lo habitual. Yo cebo el primer mate.

Quiero verte huir como a un ladrón al que nunca pueden atrapar

y apretar en tu bolsillo

todo el metálico brillo sin temor.

2

La última vez que nos habíamos visto, la primera que compartimos una cama, había sido un año y medio atrás. Festejábamos el cumpleaños de Panrayado en una cantina de la Boca y ella fue con Jenny, la hermana de Cadena, él estaba cumpliendo condena en Devoto. Era bueno ver a casi toda la pandilla junta y bebiendo, brindando pese a los años y a todo lo demás: los caídos, los muertos, los escapados.

Panrayado no paraba de contar anécdotas que todos le aplaudíamos como si escucháramos por primera vez. El Gordo Beto y Cacho Catán hablaban a los gritos, las Mellizas –juntas siempre, hermosas, siempre tramando algo–, Lito, Marisol, El Negro Andrés, El Nene, Caín, Madera, La Colo. Jenny proponía un brindis atrás de otro.

–Uno por… –dijo.

–La chica más linda de la mesa –interrumpí mirando fijamente a Verónica pero haciendo un gesto generalizador con el vaso. Brindamos y la noche siguió su curso, inexorable.

– ¿Entonces? –me preguntó más tarde, entre las sábanas.

–Entonces nada, vos estás con Cadena.

Sonrió. Ni siquiera se dignó a decirme lo que todos sabíamos. En cambio me preguntó con voz mimosa porqué yo, que iba detrás de todas, nunca lo había intentado con ella. De hecho estábamos allí por su iniciativa y para mi asombro.

– ¿No te gusto? –no había desafío en la pregunta, ni burla, sino una dulce queja cariñosa.

No podía ser, los dos sabíamos, miedo o lealtad a Cadena: yo

me había cogido a sus dos últimas novias y a Jenny. Tampoco que ella fuera demasiado joven o temor al fracaso parecían razones de peso. Buscaba una respuesta adecuada, al menos, si no podía encontrar una sincera, para mí más que para ella, que seguía sonriente, desnuda, transpirada aún. Sin encontrar una respuesta, cualquier respuesta tranquilizadora, contesté: –Miedo.

Una fórmula vaga que me ponía a salvo, que podía querer decir miedo a su feroz belleza, a la suavidad de su piel joven, al amor, pero también –y esto lo sabía yo pero ella no– podía querer decir otra cosa, otra cosa que yo prefería no mencionar.

Sólo dije miedo, entonces, pensando que mentía.

Y además de todo verte

lunático, blanco y presa de mi amor.

Con la guita del último laburo podemos tirar un tiempo –pienso y la miro y miro mi guitarra apoyada contra la pared, la botella de whisky sobre mi mesa de luz– después inventaré algo...

–Me parece que tomé mucho mate –dice– tengo que hacer pis.

–Demasiada información, linda.

Tomo un trago de cerveza y muerdo la última porción de pizza de ayer evaluando por primera vez en años la posibilidad de dejar la Vida, de ser otro, de cambiar de piel. Después de tanto tiempo y la costumbre del riesgo retirarme y descansar, probar problemas nuevos, nuevas soluciones. Sueño despierto, un momento, con un atardecer de lluvia, con otros –muchos– despertares como el de hoy. Hasta que, como ocurre siempre, la realidad viene a buscarnos salvaje al planeta de los sueños. En este caso la realidad tiene forma de pasos pesados en las escaleras y el pasillo, de roce de armas en manos torpes, ruidos que yo estuve esperando durante años, esperando que nunca llegaran. Pero, alguna vez, claro, tenía que pasar y el último laburo fue muy grande; yo sabía que el Loro trabajaba con la taquería. *Quiero verle oler como el ratón el peligro del galo malón que ha cambiado la sirena y compró matraca nuera de ocasión.*

Desde el baño me llega la voz de Verónica, que sigue la canción.

Acá me podría quedar, carajo, pero cada hombre es lo que es, quiero gritar aunque sólo lo pienso.

Abro la puerta del baño, le tiro sus pantalones y le digo que trate de pasar por la ventana del baño al de los López, que están de vacaciones, y que se quedé allí hasta que esté segura de que todo terminó y entonces vea cómo hace para salir.

Después salto hasta la mesa de luz, agarro el fierro y la botella de whisky y me dispongo a esperar –tranquilo, aterrado e iracundo– el destino que elegí.

ISÓSCELES

Spade ’s faces twisted into a

smile that held litte joy.

D. Hammett

1

Abrió la puerta vestida únicamente con una remera y un gesto. La remera que descansaba sobre sus tetas pequeñas y firmes no tenía presente. Era una prenda que sólo contaba con pasado: en un pasado había sido negra, había sido de él, en algún pasado alguien le había dibujado el rostro áspero de John Lee Hooker. El, parado frente a la puerta entreabierta, la miró; la vio apenas cubierta por la remera que había sido suya y reconoció el gesto iracundo e impaciente. Supo con dolor el pelo revuelto, las vibraciones del nervioso cuerpo tenso. Sonrió –tristeza y sorna, bronca y desprecio– con la única sonrisa que le quedaba. Amor, demasiado amor.

– ¿Qué querés? –ella era la enojada– Vos no tenes derecho...

No sabés nada, pensó él, no entendés nada. Todo lo que creés está equivocado, pensó. Todo. Pensó: esa remera nos insulta a todos, a mí, al otro, sobre todo a vos. Pero claro, esto casi no tiene que ver con vos ya; es juntar los pedazos para ver que hay, pensó.

–Linda remera –dijo repitiendo su única sonrisa.

Ella lo miró sorprendida.

–Si es por tu remera de mierda... –empezó, dispuesta, parecía, a hacer todo de la peor manera posible.

¿Habrá sido siempre tan idiota, pensó él, o será hoy porque le corté el polvo? ¿Se dará cuenta de lo que dice?, pensó.

–No, no. Mejor callate –dijo.

–Mirá, no tenes derecho a venir acá a...

Tengo derecho porque te amo, perra, aunque vos no tengas ni la más puta idea de lo que es el amor, pensó él.

Estaba equivocado, por supuesto, pero no podía saberlo en ese momento, era demasiado pronto. Quizá siempre lo fuera.

Hija de un tren lleno de putas muertas, pensó, qué carajo podes saber vos. Pero dijo:

–Decile que venga.

2

No hizo falta. En el dormitorio el otro había adivinado todo desde el primer momento, desde que escucharon el timbre, desde que ella dejó de rodearlo con las piernas y dijo yo voy, desde que la vio ponerse la remera sin presente sobre el cuerpo transpirado y dejar la habitación montada en una puteada.

–Quién mierda jode ahora, la puta madre...

Ella no entiende lo que está pasando, pensó mientras empezaba a vestirse, ni lo que sucedió, ni lo que viene. Prácticamente no entiende nada, pensó. Y no le gustó pensar eso. Pero sin embargo todo estaba claro como el agua antes incluso de que ella abriera la puerta, pensó, antes de este momento en que habla como si desafiara, como si insultase. En el piso, al lado de la cama, había una botella cían un poco de cerveza todavía fría. Tomó un trago. Pensó que a lo mejor ahora podría sacarse la angustia que lo sofocaba como un saco demasiado ajustado en cinco minutos de puñetazos y vergüenza. Dos golpeándose sin odio y sin premio, sólo para terminar lo que ni siquiera podía empezar. Dos iguales, pensó, y uno desigual. Tomó otro trago y salió, preguntándose cómo decir, cómo dar a entender.

3

–No, ahora no. Estamos ocupados –dijo ella.

La furia y la torpeza del primer momento estaban dando paso a la maldad, a la perfidia. Hablaba en el tono más hiriente que había encontrado en su memoria y su saber. Querés dolor, pensó, tomá dolor. Como si las piernas desnudas, las piernas erizadas; como si el nacimiento de los muslos rozando la remera que había sido de él no hubieran bastado, como si no hubieran sido suficientes el cuerpo deseoso del otro y la mirada fría.

–Si querés hablarle llámalo en otro momento, de cualquier forma...

Entonces, por fin, llegó el otro para detenerla, para impedir que siguiera empeorando lo impeorable. Intentó ordenar en su cabeza lo que quería decir, pero no pudo.

–En los términos que quieras –dijo con voz firme, casi sin

pensar, temiendo que lo que era resignación sonara a amenaza, intentando que ni él ni ella notaran el dolor inútil, el error, la estupidez indecible de todo aquello. Que no sepan lo que yo sé, pensó, y no puedo modificar.

4

Se pararon frente a frente y se miraron tratando de parecer lo que consideraban debía ser un hombre. Había desesperanza en las miradas. Es una situación de pérdida–pérdida, cualquier movimiento es el movimiento equivocado, pensó uno. No tiene sentido, pensó el otro, no tiene ningún sentido. El que había tocado el timbre se acercó un paso. ¿En los términos que quieras?, pensó, ¿Ahora quiere pelear? ¿Nos volvimos todos locos? Entonces recordó que él había ido hasta ahí con la firme intención de bajarle los dientes. Sonrió. Cada vez que lo hacía la sonrisa se hacía más amarga.

¿Y ahora qué?, pensó. Tenía sed, tragó saliva, espesa como sangre.

–No seas pelotudo, querés –dijo, y dirigiéndose a ella–. Andá adentro, che, hacenos un favor a todos.

–Andate a la puta que te parió –dijo ella en voz muy baja.

–Parece que los dos queremos a la misma mujer –volvió a hablar él una vez que ella se hubo ido–. Parece que encontramos, además del blues y las novelas policiales, otra cosa que nos une y nos separa.

–Parece –dijo– que esa mujer, la mujer por la que yo le rompería el cuello a Dios si hubiera un Dios y ese Dios tuviera cuello, te quiere a vos. Mala cosa para mí –sonrió de nuevo, su cara era una suma de sombras.

¿Por qué no resuelvo esto como un animal?, pensó, ¿por qué no le corto la garganta y me hago un collar con su lengua?

–Y además creo que sos digno del amor de ella –dijo–. Entonces cuídala, edúcala un poco, hacé lo que yo no pude. Para mí ella es mejor que una Baby Thompson del año ’28, que la canción número treinta de Robert Johnson o que una novela escrita a cuatro manos entre Hammett y Chandler. Y aunque puede ser que esto no sea verdad y los dos lo sepamos, vos vas a actuar como si así fuera. Como

hice, como volvería a hacer, yo.

–Cuídate –agregó–. Y cuídala.

Touché, pensó el otro, dignidad blindada: parado como un hombre, civilizado como un hombre. Pensó, estoy lastimando al tipo que querría que fuera mi hermano. El dolor y el absurdo aumentaban con cada palabra dicha, con cada palabra callada. Trato de imaginar a la madre del tipo que tenía enfrente veinticinco, treinta años atrás, jovencísima y presumiblemente hermosa. La imaginó recorriendo las calles, leyendo en silencio. Trataba de imaginar cómo sería esa pibita antes de criar al niño que ahora era este hombre, antes de parirlo, antes de saber siquiera que estaba embarazada, antes de estarlo. Intentaba así imaginar un pasado en el que ellos tres aún no eran y aquello no podía pasar.

–Voy a tratar –balbuceo–. Yo… realmente…

5

–Bueno, nos vemos –dijo, apoyado en el marco de la puerta con un pie en la vereda y otro en el umbral, él.

Pensó en ella. Nunca más voy a acariciarla ni morderla, pensó, nunca más sus ojos ni su nuca. Se hace lo que hay que hacer, pensó. Su sonrisa ya era poco menos que una mueca.

–Cuidala –repitió antes de irse.

El otro se quedó allí, observando la espalda que se alejaba bajo la lluvia. Hasta que, desde la cama y con la remera todavía puesta, ella lo llamó.

–Vení, papi, dame… –dijo.

REY DE PARIS

Mientras duró

de todo hizo placer;

cuando se fue,

nada dejó que no doliera.

M. Fernández

– ¿Y vos? –pregunta con notorio desinterés, especulando –imagino– con que si después de haber oído sus mentiras de rutina (nombre, edad) yo también le cuento alguna historia presumiblemente falsa, mientras ella se vuelve a abrochar el corpiño rosa pálido, le resultará menos insultante, le dará menos asco meter en la diminuta carterita los billetes que yo dejé como al descuido, antes de irme al baño, sobre la cama que, aún tibia, tiene dibujadas en las arrugas de las sábanas las otras mentiras y los cuerpos.

Si supieras lo doblemente difícil que el tiempo hace esta pregunta, nenita, pienso. Pasado y presente, nada más y nada menos: todavía no domino este puto idioma, ya no sé quién o qué carajo soy.

Sonríe con un dejo de burla, ajena a mis cavilaciones.

Intento una respuesta, un resumen de mi biografía reciente en mi balbuceante francés de pregraduado.

– ¿Argentino? Otro Rey de París, entonces... –dice Geraldine.

Nos reímos juntos, un poco, y es lo mejor de la tarde. Afuera llueve a baldes, como en casi todas las otras páginas de este libro.

–No, no creo –mi francés empeora en vez de mejorar– pudo haber sido, en otro momento, de otra forma... –estoy repentinamente confuso y molesto porque no conozco las palabras para expresar lo que quiero decir. Agrego entonces, en castellano, para mí y no para ella:

–Ayer pensó que hoy y hoy no es posible.

- con el mejor español que puede, a modo de propina, como si yo fuera la puta, Geraldine completa, cantado:

–La vida pudo más que la esperanza...

- sigue vistiéndose, ahora de espaldas a mí. Es mirando su cuello delgado y su pelo rojizo, descuidadamente recogido, que decido o recuerdo que en el juego que jugamos no hay lugar para patéticas confesiones: hay que contar trivialidades o mentir.

O callarse.

Elijo callarme y me pongo a pensar en París; a comparar este París en el que estoy escondido con el Otro, el que yo me inventaba en mi adolescencia, el que construí para Elenita el día de nuestro primer beso.

Me acuesto. Las piernas me tiemblan un poco. Geraldine fue el primer polvo que me eché desde mi llegada, muchos meses atrás. Me estiro en la cama, respiro hondo y decido que no voy a cambiar las sábanas, que será bueno dormir con el olor de una mujer cerca, para variar. Ella termina de vestirse, se acerca, me da un ligerísimo beso sobre los labios y se va. Adiós, Geraldine, mi pequeña, hermosa putita francesa.

Prendo el último pucho del paquete, toso, me propongo una vez más dejar de fumar y vuelvo a Elena, al recuerdo de Elena.

Yo tenía dieciséis años y quería ser músico y pirata, jugador y filósofo, conspirador y poeta, y sólo era un pendejito con acné que fumaba cigarrillos robados y escuchaba abismado a Gardel en una desvencijada cama, en el barrio de Almagro.

Era la fiesta de Elena. Quince añitos. Casi todos se habían ido o bailaban en el comedor –don Cosme dormía, sidra y cerveza, en el sillón grande– y estábamos solos en el balcón hablando de no sé que. Recuerdo que no podía dejar de mirarle las tetas y entonces dije algo acerca de lo hermoso o lo profundo de sus ojos. Ella, como respuesta, apoyó su cabeza en mi hombro. A una mentira exitosa, se sabe, sigue otra mentira: comencé a contarle un sueño, algo que, dije, estaba en mi cabeza y mi corazón hacía largo tiempo; un viejo anhelo que, por supuesto, iba inventando y corrigiendo sobre la marcha, según la intensidad de sus suspiros.

–Esto es bastante más una confesión que cualquier otra cosa –dije tratando de que la frase adquiriera algún sentido por sí misma, ya que yo no podía dárselo, y sin poder dejar de pensar en sus tetas, apretadas bajo la blusa.

Le hablaba de París, de la gran novela –o sinfonía, aún no me había decidido– que escribiría allí, en una pensión de mala muerte, entre marineros alcohólicos y prostitutas gastadas, con el pucho colgándome de la boca y el humo acariciando mi barba mal afeitada. De Hemingway y la Comuna, de Rimbaud y de Arolas. Eso, yo sería como Arolas: artista bohemio, argentino en París.

Nunca supe si fue porque me creyó y se enamoró de quien estaba llamado a escribir o componer la Gran Épica del Porteño Suicida o fue sólo para que me callara, pero acercó su cara a la mía, regalándome la boca. Ese fue nuestro primer beso, el primero de muchos.

–Te prometo –alcancé a decir antes– o mejor, te lo juro.

Ese juramento, claro, nunca fue del todo cumplido, pero Elena hubiera sabido entender. Ahora vivo en París, soy músico y acaba de irse de mi pieza una jovencísima puta francesa. No es el sueño aquel, pero se acerca bastante. Y ya estoy lo suficientemente viejo y lo bastante cansado como para preocuparme por promesas adolescentes. Los sueños adolescentes no se cumplen nunca. Y si no, improbable joven lector, hacé la prueba: contame tu sueño, cualquier cosa. Por ejemplo el de una Harley-Dadvison: el pelo al viento, la aventura, las rutas y las calles; y da gracias si terminas repartiendo pizza en una Zanella 200. Geraldine, como antes Expósito, tenía razón: la vida puede más que la esperanza.

No es sino hasta media hora después de que Geraldine se va que mi cuerpo se recupera y me levanto, con las piernas flaqueando todavía. Me pongo la camisa azul y me acerco al tablero sin decidirme a hacer el movimiento que Enrique me propone desde Madrid. No tiene sentido, deja todo su flanco izquierdo libre. Vuelvo a sacar la hoja del sobre: *caballo 5 rey*.

¿Será una maniobra de distracción? ¿Querrá cambiar alfil por caballo?

Órdenes son órdenes, me repito mientras pongo el caballo negro en el quinto casillero contando desde mi rey. Después voy hasta la biblioteca y saco del tercer estante *Grandes partidas,* del Maestro

Fiodor Nardoff. Creo recordar una jugada similar en Capablanca versus Kunz. Finalmente la encuentro: la movida, que es análoga sino igual, fue mala también aquella vez. Pienso que cambiar torres en el final de sus líneas bastará para que la partida esté definida. Medito sobre esto otro rato y, sin resolver nada, guardo el librito en el bolsillo, me pongo el gamulán y salgo, yo también, a la fría y lluviosa tarde-noche parisina.

Me cuesta poner en marcha el Renault y puteo por lo bajo. De las pocas cosas que realmente extraño de Buenos Aires, la cancha de River, el bar de Corrientes y Billinghurst, el cigarrillo siempre encendido en la boca de la estatua de Gardel en Chacarita, la que sin duda más añoro es mi vieja F-100, motor V8. Eso es manejar, no este ridículo cuatro cilindros amarrete que al primer frío no quiere arrancar.

Merde, pienso.

Finalmente el motorcito empieza a ronronear y el escape a soltar un humo gris como la tarde. Bajo por Barthé hasta casi el puerto, paro a comprar sobres –cigarrillos no– y en Cohn-Bennedict doblo, a la izquierda naturalmente. Tres cuadras después encuentro mi bar, el bar que elegí como refugio al llegar a París, seguramente porque se parece bastante a lo que mi imaginación pretendía cuando el acné ensuciaba mi cara joven, de un bar parisino: poca luz y poco ruido, sonido de vidrios –vaso o botella–, murmullo permanente y clientela selecta: algún proxeneta esperando, algún marinero, dos o tres borrachos y un par de jovencitos con carpetas llenas de hojas mal mecanografiadas. Olor a navaja y a pretenciosos aprendices de alcohólicos o artistas.

Entro moviendo la cabeza a modo de saludo y me siento en la mesa de siempre. Jean-Paul me ve y en seguida se acerca con el tablero de ajedrez, más grande que el mío aunque menos elegante, y la botella de William Baldi-Black Label de la que sólo yo tomo.

Por eso, pienso, me gusta ser habitué de un único bar, tanto acá como allá o en Madrid. Me gusta sentarme siempre en la misma mesa, que el mozo me llame por mi nombre y sepa que marca de whisky prefiero, conocer las costumbres de los demás clientes. Ser un amigo de la casa y que me fíen pese a ser argentino.

Mientras ordeno las piezas sobre el tablero, separando a un costado las muertas y acomodando el resto según mis anotaciones, Jean-Paul me sirve una medida que, bien mirada, son dos. Pregunta,

como siempre, si tuve noticias de casa. Me río con ganas: sí, tuve. Le cuento que Racing volvió a empatar –Jean Paul es, a la fría usanza futbolística francesa, hincha del Racing de París y por eso sigue, por mi intermedio, los vaivenes del tocayo de Avellaneda–, que otro milico reemplaza a hádela, que mi amigo Juan grabó un disco con nueve tangos de mi autoría y, por lo tanto, me llegó guita fresca, de las regalías.

Estiro un billete de cincuenta francos para que se cobre lo adeudado. Le digo gracias, quédate con el vuelto y suena casi francés.

Primero Geraldine, pienso, ahora pago mis whiskies con dinero de la música. Ah, como le gustaría esto al joven Varelita, fumando Zaratoga tirado en la pensión de la calle Salguero.

Jean-Paul me saca de mis meditaciones con otra pregunta: ¿Tengo alguna copia del disco? Tengo que confesarle que no, me atrevo a suponer que Juan me mandará algunas. Te prometo una para él. Y una camiseta de Racing.

Estaba con Juan cuando volví a ver a Elena, después de diez años. Todos éramos todavía jóvenes, eternos, indestructibles. Para esa época yo había ganado cierto prestigio como instrumentista y arreglador, algunos kilos y el apodo que me acompañaría siempre, que reemplazaría a mi nombre.

Juan me había llevado como primer bandoneón a la orquesta en la que cantaba, la orquesta que tocaba para él. Era sábado a la noche pero no habíamos tenido función, después de cenar en Gli Amici fuimos al Tuna Park donde peleaba un amigo de Juan, el Gringo Mattio. Ta vi apenas entramos, dos hileras detrás de donde estaban nuestros asientos. Tenía una pollera cortísima, el pelo más lacio y estaba sentada entre don Cosme y su futuro ex futuro esposo, un coso lamentable pero pintón. La sombra azul resaltaba sus ojos y las tetas –más grandes, más tentadoras– amenazaban con armar un desparramo con los botones de la camisola por todo el ringside. Saludé efusivamente a don Cosme, respetuosamente al Coso y por último, para el postre el postre, a Elenita que casi me despeina con la caída de ojos. Pregunté por doña Catalina, mentí recuerdos afectuosos de la familia y don Cosme se puso a contarle al Coso que yo era un viejo conocido de la casa, a contar historias de tiempos pasados como la vez que vaya uno a saber qué cosa, emocionado por la presencia de Juan. Yo no sabía nada de historias viejas, tenía 26 años y sólo había, para mí, futuro. El Coso estaba más excitado que don Cosme por estar compartiendo una charla con El Gorrión del Suburbio y uno de sus

músicos. No me costó mucho hacerle una seña a Juan, que se los llevó al vestuario a saludar al Gringo, y quedarme solo con Elenita.

–Estás hermosa –dije–. Qué linda te pusiste.

–Gracias. Te hiciste músico nomás.

–Sí, ya tengo compuestos varios tangos; hay uno que escribí para vos, acordándome de... –mentí entusiasmado.

Pero Elena estaba, además de más tetona y más bonita, mucho más despierta que diez años atrás. Soltó una carcajada de cristal.

–Mentira, todavía no me dedicaste nada, Gordo –malició, hizo una pausa y susurró–, pero no te preocupes: hay tiempo.

Nos tomamos de la mano y salimos casi corriendo, a buscar un taxi cómplice.

Dos años más tarde, una noche, hablé con Juan.

–Mira, no sé cómo empezar, tengo ganas de armar un guipo propio, que sé yo... tocar mis propias composiciones, eso... –dije.

Lo último que quería era ser ingrato con él.

–La única condición es que el primer tango que grabes lo quiero cantar yo –me aprobó humilde, él, que era uno de los tres cantores más populares del momento.

–Cuando seas un grande, eso sí, no te olvides de los amigos.

No me dieron las piernas para ir a contárselo a Elena que, desde la noche del Luna Park, era mi único amor y mi novia, condiciones que no siempre van de la mano.

–Ya está –le dije–, ya lo hice. Sólo falta una cosa.

– ¿Qué? –me preguntó mientras me abrazaba, más linda que nunca.

– ¿Te casás conmigo?

Tres meses después debutó el Sexteto Varela –Juan fue el más especial de los invitados, esa noche– y pasaron uno, dos, tres; treinta y cinco días hasta que nos fuimos, con Elena, de luna de miel. Y siete años hasta que pisamos Europa, donde sucedió el epílogo.

Días y noches, todo eso.

Hago un gesto que para Jean-Paul sólo puede querer decir una cosa: más whisky.

Miro el vaso a trasluz, doy un pequeño sorbo, lo paladeo: quince años. Me hubiese gustado aprender a destilar mi propio whisky, añejarlo, beberlo luego, convidar a mis amigos. Tomo otro trago. Tampoco está mal que las destilerías escocesas hagan el trabajo por mí, después de todo.

Consulto con el enorme reloj que descansa sobre la puerta y pienso que ya es hora de que llegue El Trío. Estoy pensando en eso y terminando la generosa medida cuando entran, ruidosos como siempre, absolutamente dueños del tiempo y nuestras miradas y del espanto del descubrimiento del dolor. Mientras se sientan, Jean-Paul renueva mi vaso y las sonrisas cómplices. Todos los días nos preguntamos, haciendo incobrables apuestas, cuál de los dos mocosos –o tal vez los dos, o acaso ninguno– se comerá ese exquisito bombón de dieciocho años, tan inalcanzable ya para nuestras dos mil quinientas resacas de edad. Primero entra, como cada noche, el que llamamos Le Petit Corbeau: bajo, desgarbado, tez oscura y voz chillona, mirada astuta, calculadora. De los tres es el único del que se puede jurar que no morirá joven. Parece haber nacido con la polera azul y la agenda bajo el brazo. Detrás entra ella, La Princesse, inmejorable ejemplar de morocha de ascendencia árabe; ojos incendiarios y cintura de avispa. Todo en ella es una duda, una provocación, una burla y un gesto de fastidio. Por último, mirando primero a un lado, después al otro y atrás, el que nombramos Le Héros. Es pelirrojo y más alto que los otros dos, viste rigurosamente de negro y no para de beber mientras juega con una sevillana y se mueve como si estuviese convencido de estar actuando para alguna forma de posteridad: serán suyas la poesía de este siglo, el suicidio o la revolución.

Es ésa, revolución, una de las palabras que más a menudo se repiten, a los gritos, en las intrascendentes –o trascendentales, depende desde qué mesa se mire– discusiones diarias del Trío, que duran entre cinco y nueve botellas. Después llaman a Jean-Paul, pagan –siempre Le Princesse o Le Héros, nunca que nosotros recordemos el otro– y se van abrazados, ella en el medio, dejando el bar lleno de condiciones objetivas y subjetivas, pelotones de fusilamientos, tácticas y estrategias, traiciones, citas de Marx, Lenin y Trotski y amenazando: se va a acabar.

Justamente ésa fue la frase que eligió Elena para contarme que habían llamado desde Buenos Aires, que había sucedido lo previsible. Una vez más, lo que no debía suceder.

–Se acabó.

Era 25 de marzo, hacía poco más de un mes que estábamos en Europa en la que sería la única y por siempre inconclusa gira del Sexteto por el Viejo Continente. Era Madrid nuestro cielo aquella noche.

Justo antes de emprender viaje habíamos recibido el llamado:

–Gordo, comunista de mierda, dejate de joder porque te vamos a hacer mierda.

Es que los obtusos muchachos de la Triple A, además de confundir todas las cosas –un músico que tiene el orgullo de tocar con su grupo compartiendo cartel con la orquesta del Maestro Osvaldo Pugliese con un agente del Kremlin o el firmar una solicitada a favor de la educación pública con una cerrada militancia a favor de la dictadura del proletariado–, tenían alguna dificultad con la construcción de las oraciones, donde, casi siempre, la palabra mierda se repetía dos o hasta tres veces. Pese a esto, o quizá por esto mismo, y pese a que veníamos de familias antiperonistas, no hubo lugar para la duda: lo que venía sería, inequívocamente, peor.

– ¿Qué querés hacer? –pregunté.

Me sentía un niño y ni mi música, tan importante siempre para mí, valía nada. Elena abrió una botella de whisky y sirvió dos vasos; el de ella, que nunca tomaba, con hielo.

–No sé, Gordo, no sé.

El tiempo se había detenido en la confusión y la impotencia. Es increíble la distancia que habita a veces en las cosas más ordinarias, la habitación del hotel se me antojó enorme, desoladora.

Ella no sabía y yo era un niño de cien kilos, estábamos jodidos. Cuando la botella promediaba su vacío, uno de los dos, nunca quise recordar cual, escupió lo que estaba en el aire desde el principio:

–No volvamos. Ahora no podemos volver.

Entonces sí: el tiempo volvió a correr, ella se fue a duchar y yo

preparé el tablero. Elena jugó con blancas. Una vez que nos instalamos en la Ruy López yo intenté, como Tarrash versus Van Oppen en San Petersburgo en 1014, la defensa Tchigorin.

Afuera del bar sigue lloviendo, ahora en forma más pausada, más calma. Monótona, como si la lluvia tuviese conciencia de sí misma y se estuviese aburriendo. Cuando Jean-Paul se acerca, le pido que me convide un cigarrillo y deje la botella, así no tengo que molestarlo a cada rato, y me concentro en la partida. Abrí con peón cuatro rey y Enrique repitió la jugada. Después sacamos mi caballo de rey y él el de dama, y todo se trabó en una seguidilla de celadas cruzadas que mandarían a las duchas al primero que se equivocara. Me parece que en su última movida Enrique cometió el error tan esperado. Repaso la partida desde el principio, como si no hubiera sido yo el que la jugó y trato de imaginarme lo que hubiese hecho cualquier otro. De más está decir que no lo logro, pero en cambio ratifico que con el cambio de torres la posición de las negras será insostenible.

Cuando vuelvo a mirar el reloj la aguja más corta ya dio una vuelta entera. Y casi otra. Lleno mi vaso vaciando la botella y entendiendo que comienzan los finales.

El fin de la botella, el fin de la noche, el fin del recuerdo.

Era 30 de diciembre de 1979, víspera de año nuevo y día libre del Sexteto. Tomaba whisky y jugaba con el bandoneón y Elena, a mi lado, leía una novela con un título alusivo a la voz del viento que acababa de aparecer, de un escritor uruguayo de apellido italiano, flaco y un poco hosco, al que habíamos conocido el año anterior.

Un rato más tarde, yo ya estaba borracho y a ella se le había cansado la vista, nos fuimos a la cama. Yo me acosté primero y el colchón cedió de mi lado. Elena llegó apenas después, sólo tenía puesta una remera amarilla y su cuerpo –tenía 38 años, los tendrá siempre– ese cuerpo apretado y terso gobernado por las tetas soberbias y que se prolongaba hasta las piernas largas y delgadas, seguía siendo un milagro para mí.

Subió encima mío casi sin tocar el colchón, lentamente, bajó sus piernas a un lado y al otro de mi cuerpo. Fue largo, y aquel orgasmo –hablo del mío, claro, del de ella sólo ella supo y, si hubiera grados de imposibilidad, hoy sería más imposible que ayer– fue intenso como un edificio en llamas o el próximo knock out de Larry Holmes.

–Voy a la cocina –dijo después con una sonrisa– a preparar algo rico para la cena. Vos dormí un rato, si querés...

Yo, por supuesto, quería: había tenido bandoneón, bebida, mujer y todo mi cuerpo exigía un sueño reparador. Pensé que si quería soñar una tarde mejor que aquélla tendría que tener una siesta muy inspirada.

Lo que sigue es difuso y horrible: apenas puedo recordar entre sueños el resplandor, el grito irreconocible, demasiado agudo, como de gato, y los chasquidos. Y después peor: el vértigo, el terror, el espanto.

El resto –el cortocircuito, el agua– son explicaciones, conjeturas de los médicos o de la policía, ya no mi verdad ni la de ella. No quise saber, ni quiero, cuánto tiempo se frió, cuántos gritos ahogados hubo hasta que la escuché, hasta que me desperté, hasta que me levanté de la cama cuando ya era demasiado tarde para todos.

Y esta noche también es tarde.

Apago el cigarrillo, me seco un poco los ojos, mando el último trago de whisky garganta abajo y escribo en una servilleta:

torre 8 alfil dama.

Después meto la servilleta en un sobre. Y lo cierro.

EL SÍNDROME MARLOWE

A Andrés Rivera

A Marlowe le hubiera gustado este tipo esmirriado que parecía no temer a nada.

A. Rivera

Tenga.

Y perdone este jarrito de metal azul, pero es lo único que tengo acá para hacer las veces de mate.

Cuántos años me dijo que tiene, Ferrari.

Ah, usted es un pibe.

Yo soy un hombre viejo.

Un hombre ruejo es un abuelo, la gente lo llama abuelo tenga o no nietos. Yo tengo dos y he ganado –en este pueblito al que vinimos a vivir con Garrido cuando me dieron el Premio Nacional de Literatura, este pequeño pueblo de provincia que se llama, créase o no, San Jenaro Norte–otro título nobiliario: don. Don Marcos, me dicen todos.

Un hombre al que la gente llama abuelo o don, un hombre viejo, repite muchas veces las mismas cosas y vuelve a contar una y otra vez las mismas historias, repite fragmentos de anécdotas corregidas y aumentadas por el tiempo. Un hombre viejo permanece fiel a sus dos o tres convicciones y a sus innumerables prejuicios. Un hombre viejo no tiene miedo a demasiadas cosas y, sobre todo, no le teme a estupideces. Un hombre viejo, finalmente, se parece a sí mismo y a sus vicios.

¿Usted lee novelas policiales? Yo he leído, y aún, miles de ellas. Las leí y las releí. Y un hombre viejo, si es un lector, se parece a las historias que ha leído, como Don Quijote.

Es que la vejez es como una segunda juventud. Y cuando uno

entra en esa segunda juventud, Ferrari, se levanta temprano y hace cosas. Me levanto temprano, entonces, y hago cosas, incluso ahora.

Mi rutina consistía en hacer mate para Belén Garrido, mi mujer, y para mí. Espumoso el mate, a las cinco de la mañana. En San Jenaro Norte las mañanas son frescas. El mate caliente, entonces; espumoso, el mate.

Después, cuando Belén Garrido se iba a la biblioteca, yo preparaba, según el día y mi estado de ánimo, más mate o café cargado. Y me sentaba a escribir. Siempre escribo de mañana, es cuando mis escasas neuronas todavía están frescas, como las mañanas de San Jenaro Norte, y lo hago a mano, con una lapicera de pluma en cuadernos de tapas duras y negras. Escribo con letra cursiva mientras del otro lado de las paredes, éstas o aquéllas, la alborada se va transformando en día.

Es la segunda juventud, Ferrari, yo no soy un pibe como usted. Y hace mucho decidí que ésta es la pequeña batalla desigual que podía dar: que mientras hiciera cosas, mientras, en ese pequeño pueblo de provincia donde he ganado el título nobiliario de don, me levantara temprano y escribiera en cuadernos de tapas duras y negras; mientras siguiera preparando el ciclo de cine de los miércoles en la biblioteca que dirige Belén Garrido; mientras hiciera correcciones y participara como jurado y diera charlas y talleres, no iba a cagarme encima, nadie iba a tener que limpiarme el culo y el bobo no iba a fallar. Y la Parca no me iba a venir a buscar todavía.

Por eso me levanté esa mañana fresca a las cinco, tomé unos mates espumosos con Garrido y cuando ella se fue, me puse a escribir. Y estuve escribiendo hasta las diez. Cerré el cuaderno, pasadas apenas las diez, abrí una novela de Chandler en cualquier página y me serví un whisky.

¿Usted toma whisky, Ferrari?

¿Y qué whisky toma?

Ah, Vat 69, la marca de Marlowe, por lo menos en *La dama en el lago,* un escocés barato que se deja beber. Tiene que probar con el Teacher's.

Yo ahora tomo mate únicamente; nada de whisky, ahora. Pero esa mañana, el pedacito de mañana que nos ocupa, me serví un vaso de Johnny Walker hasta la mitad, solo, sin hielo ni nada. Había estado escribiendo toda la mañana, aunque sólo fueran las diez. Me había

levantado a las cinco y había aprovechado mis mejores horas.

Me serví un whisky, le decía, y me senté, los pies descalzos sobre la mesa, el vaso en la mano, a releer una de las tantas aventuras de Marlowe.

Las dos chicas que ayudan a mi mujer con la biblioteca ya habían llegado y hacían lo suyo en el comedor. Siempre es agradable escucharlas, escuchar su charla banal e inocente mientras trabajan en la clasificación de vaya uno a saber qué cosa. Belén Garrido había salido temprano, después de unos pocos mates, rumbo a Rosario, tenía una entrevista con un burócrata por alguna clase de crédito para la biblioteca. Las chicas clasificaban papeles y mantenían una charla banal e inocente mientras yo bebía y leía –los pies descalzos sobre el escritorio– en la habitación contigua.

Entonces golpearon la puerta.

Una de las chicas, Alicia, le habló a los nudillos que golpeaban la puerta.

Está abierto, dijo.

La puerta de mi casa está siempre abierta, todo el mundo sabe eso en ese pequeño pueblito donde los vecinos me llaman don Marcos.

Los nudillos volvieron a golpear la puerta y Alicia se levantó para ir a abrir.

Ya voy, dijo, ya voy.

Abrió la puerta y dos muchachos morochos, flacos, chuecos, la miraron con ojos enrojecidos. Uno, el más alto, dijo entonces, en un murmullo débil, como si temiera que las palabras que iba a decir fuesen a romperle la voz: ¿Está Guerrizo?

Qué, preguntó Alicia.

La otra chica, Teresa, se acercó a la puerta.

Quién es, quiso saber.

El más alto de los dos muchachos morochos, flacos y chuecos repitió susurrante: Guerrizo, Belén Guerrizo.

Su voz era tenue, apagada, parecía jadear.

Una voz de sexo o de agonía, pensó Teresa.

Garrido, corrigió risueña Alicia, no, ella no está, fue...

No la dejaron terminar. El muchacho más alto pateó la puerta y entraron ambos blandiendo revólveres, agitando los .22 en el aire como si fuesen pinceles sobre el lienzo, sacudiendo sus bocas negras delante de las caras y el terror de las dos chicas.

¿No fue Chandler el que escribió que en caso de duda hay que hacer que un hombre aparezca en una puerta con una pistola en la mano?

La plata, dijo uno con la duda temblándole en la voz y el .22, dónde está la plata.

El otro, el que había hablado primero, susurrante, volvió a usar la voz de sexo o agonía.

Dijo: entreguen el toco.

Preguntaron mientras los revólveres .22, temblorosos, apuntaban las cabezas de Alicia y Teresa, dónde estaba Garrido o como carajo se llame. Preguntaron si había alguien más en la casa.

Dónde mierda tienen la plata, voces de sexo o de agonía, las vamos a cagar a balazos si no entregan el toco.

¿Qué buscaban? ¿Qué toco? ¿los doscientos o trescientos pesos de la caja de la Biblioteca Popular Guido Fioravantti? ¿Quién convenció a los dos muchachos morochos, delgados, chuecos, de que en nuestra casa iban a encontrar dinero? ¿Sabían ellos que en la casa no habría más que dos muchachas jóvenes, probablemente Belén Garrido y yo, un hombre viejo, un hombre en su segunda juventud que lee, una tras otra, novelas policiales y escribe, durante las mañanas frescas, en cuadernos de tapas negras?

¿Hay alguien más?, repitieron.

Está don Marcos, dijo Alicia.

Es un pobre anciano, dijo por tratar de defenderme y defenderse.

No nos hagan nada, suplicó.

El poder de la palabra, Ferrari: don Marcos. Un pobre anciano.

No nos hagan nada.

Un pobre anciano.

Escribo, leo, me levanto temprano, tomo mate, tomo whisky; tengo mis mañas y más años de los que es dable pedir a un adulto, repito fragmentos de anécdotas corregidas y aumentadas por el tiempo y me parezco a mí mismo y a mis vicios, pero no soy un pobre anciano, un pobre viejo, ni siquiera un viejo a secas. Soy, en cambio, sí, un hombre viejo: un hombre, Ferrari, un hombre al que llaman don o abuelo, un hombre fiel a sus dos o tres convicciones y a sus innumerables prejuicios que se levanta temprano para escribir historias en cuadernos de tapas negras, un hombre que ha leído demasiadas novelas policiales y casi no tiene miedo. Que ya no tiene miedo de estupideces, al menos.

Pero Alicia sí, Alicia estaba asustada. Ella es joven de toda juventud y los .22 que se agitaban en manos temblorosas la estaban aterrando.

La plata está en ese cajón, dijo, mientras Teresa permanecía muda, tan asustada como ella.

Por favor, repitió, no nos hagan nada.

El muchacho más alto sacó nerviosamente el dinero del cajón, de un solo vistazo supo que era poco y le dijo al otro que él entraría a buscarme. Pensó, quizá, que adentro estaría el toco, que algo más debía haber. No se equivocó, había algo más.

Yo busco al viejo, dijo el más alto de los dos, vos quédate con éstas y no bardees, Lucas.

El otro hizo arrodillar a Teresa y Alicia, cerca, muy cerca de su bragueta, y les apuntó, a una y a otra, a los dientes, con el .22 y el deseo.

Ustedes quietas, putas, y calladas, dijo.

Por favor, lloró Alicia, mientras el muchacho más alto entraba a buscarme.

¿Vio cómo de tanto leer un género o un autor en algunos momentos hablamos, reaccionamos como sus personajes? El policial negro norteamericano es, en ese sentido, adictivo y virósico. Si usted lee novelas policiales debe entender: el Síndrome Marlowe, lo llamo

yo, una actitud entre el estoicismo, la melancolía y la furia.

Ya le dije que un hombre viejo, un hombre en su segunda juventud, no tiene miedo de estupideces. Y dígame si hay algo más estúpido que los ojos enrojecidos **y** el .22 que –después supe– no tenía balas, en la mano nerviosa, dubitativa e insegura de un muchacho que busca el toco en la casa de un escritor veterano y la directora de una biblioteca popular de un pueblito perdido.

Todo pasó rápido, sí, rápido como un accidente de tránsito, como un reflejo, como la hoja de una navaja saltando al oprimir el resorte. El camino de ningún lado a la nada.

El más alto de los muchachos entró dispuesto a pegarme dos culatazos, dos gritos y llevarse los billetes que yo debía tener escondidos, plegados entre las páginas de un libro, pero encontró, en cambio, mi decisión, el Síndrome Marlowe y un cuchillo, recuerdo de la guerra de España, que me regaló mi amigo el Nene Echeverría.

Y acá estamos: un tarrito azul que hace las veces de mate, unas cuantas pocas novelas policiales, los cuadernos de tapas negras que me trajo Garrido. Y estas rejas.

LA CARTA

Nuestro pasado habrá sido sucio, tal vez imprescindible.

Pero el presente era peor, como es costumbre.

J. C. Onetti

Tirado en la cama deshecha, lamentando no fumar, intuyendo que jugar con el pucho entre los dedos o dejarlo descansar entre los labios, que hacer anillos con el humo azul y espiar mientras tanto el cielo raso, hubiesen sido ejercicios adecuados para esta tarde calurosa y lenta, bebo una cerveza Judas y no me decido a releer la carta que llegó esta mañana y que fue fechada, por una cursiva delgada y clara que reconocí ni bien vi el sobre, hace seis días. Una carta que me devuelve al inasible pasado de mis veintipocos años, al departamentito de la calle Orsini, al Sexteto Varela.

1

Lo cierto es que, después de tanto tiempo y tantas cosas, vuelco a Madrid, por unas semanas, dice la carta.

Un poco enojada, bastante desilusionada y perpleja, Marisol trataba, una tarde tan calurosa como ésta, doce años atrás, de convencerme.

–Ahora parece que se va a poder vivir allá, ahora que se /nerón esos hijos de puta –casi gritaba, exagerando las jotas, las yes, tratando vanamente de resaltar su perdido acento porteño– y nos están esperando el barrio, los bizcochitos de grasa, la familia, el Monumental, los cines de Lavalle, los choripanes, no sé, no me hagas explicarte esto, nos están esperando.

Era hasta más hermosa así, desesperada y confusa, y yo sentía ganas de reírme y de llorar con sólo verla. Perfecta: su pelo, sus ojos, su boca, su voz; perfecta. Volví a mirarla sin saber cómo hacer para cambiar todo, para que Buenos Aires volviese a ser una promesa para mí. En ese momento, tal vez, entendí –decidí– que si algún lugar era el mío, ese lugar era Madrid.

–Acá tengo el cuarteto, a los muchachos, el Excelsior. Acá te conocí; yo me quedo.

Los dos supimos entonces que era inútil, nos abrazamos y con más angustia que lujuria hicimos el amor una y otra y otra y otra vez. Después se quedó dormida y yo paseé la mirada por el pequeño dormitorio, nuestro pequeño dormitorio: la cómoda plagada de partituras amarillentas y libros añejos, cansados ya de ser leídos, las sillas ocultas siempre bajo sus montañas de ropa, la puerta del baño donde mi escudo de River convivía con el suyo de la P cruzada por el fusil y la tacuara, la ventana apenas sucia, el contrabajo que reposaba dentro del estuche raído, en un rincón, y finalmente la mesa de luz donde una botella de Jim Beam casi vacía me esperaba entre las brevísimas cartas llegadas desde París y el tablero de cartón en el que catorce piezas negras resistían aún, empecinadas, en mi nombre.

Estiré el brazo hasta la agónica botella y la vacié otro poco. Después me dormí, yo también.

2

No tenes idea de lo mucho que pienso en vos, dice la carta.

Llegamos medio borrachos, comiéndonos con las miradas y algo más hasta la puerta del edificio en el que yo vivía: Príncipe Orsini 347. Empezamos a subir, haciendo eses, sin dejar de besarnos y tocamos, los sesenta y siete escalones que nos separaban de mi cama. En el primer piso, de pie, cogimos por primera vez.

Ella se había acercado un rato antes a felicitarnos, a felicitar al Gordo; fue verla y saber que nada, nada, nada iba a ser igual para mí.

Una vez en el departamento me desplomé en el sillón. Ella se acercó gateando, ya desnuda, y pude ver entonces, bajo el pelo que caía pesado sobre la espalda, el cuerpo salvaje y tenso, como si nada humano le quedara, como si hubiera perdido toda civilidad al sacarse la ropa. Llegó arrastrándose lentamente y comenzó a desatarme los cordones con los dientes.

–Te voy a matar–gruñó.

Yo no supe qué decir.

Se quedó a dormir esa noche y la siguiente. Y la otra. Y de repente el departamento, mi vida, el exilio, empezaron a tener un costado amable, bello, casi lógico, todo podía ser si ella cantaba en mi ducha o preparaba, mientras yo me afeitaba, el mate con la yerba que nos mandaban desde casa.

Nos despertamos juntos más de dos mil mañanas hasta la que, dos días después de la tarde en que decidí quedarme, que decidió que volvía, un avión se la llevó hacia arriba y para el sur mientras yo agitaba la mano como un estúpido desde la terraza del aeropuerto y me sentía tan solo como puede sentirse solo un hombre. Solo.

3

Acá el sueño, la primavera, se nubló. Como siempre, bah. ¿Y vos? y Seguís tocando con las viudas del Gordo?, dice la carta.

Hasta acá.

Era febrero del 76 cuando llegamos a España con el Sexteto. Teníamos programada una gira de casi dos meses. Cuando nos llegó la noticia del Golpe estábamos en Madrid y decidimos –en realidad decidió el Gordo y nosotros, un poco porque nos pareció lo mejor, otro poco por el placer de seguir tocando con él, lo seguimos– que no volvíamos, que nos quedábamos en Europa.

El viejo Von Reuher, un alemán de sonrisa difícil y voz profunda que dirigía –y dirige todavía– la tanguería en la que tocábamos esa noche, el Excelsior, le ofreció al Gordo contratarnos como banda estable del lugar, tocando cinco noches por semana. Allí conocí, un año después, a Marisol.

Se acercaba el cuarto aniversario de nuestra llegada cuando Elena quiso apagar el incendio que se iniciaba en su cocina y murió electrocutada al tirarle agua a un enchufe en llamas. El Gordo, que dormía en la habitación de al lado, no llegó a tiempo y no hubo más. Se fue a París escapando del recuerdo del accidente a ganarme incontables partidas de ajedrez por correspondencia.

Fueron días difíciles, días de mucha confusión. Federico y el Chino, los violinistas, volvieron a Buenos Aires un jueves.

–Si rearmáis el conjunto el trabajo es vuestro –dijo Von Reuher.

Entonces, con un violinista español y sin director musical, los restantes miembros del Sexteto formamos un nuevo grupo.

Cuarteto Excelsior, le pusimos. Las viudas del Gordo Varela, diría siempre Marisol.

Pocas semanas después de la llegada del Gordo a París recibí su primera carta, la única que tuvo un texto y no alguna movida de peones o alfiles.

Ella vivía en Mataderos –decía aquella carta–. Terminamos de ensayar, compré una pizza y subí al Falcon. Giré la llave y arrancó sin problemas. El calor empezaba a ceder ante la brisa que se despierta un rato antes de la lluvia. Abrí las cuatro ventanillas y los ventiletes y aceleré. El viento se confundía con el olor del orégano y la muzarella. Casi no había tráfico. Llegué en poco menos de diez minutos. Ella me esperaba, fresca, recién bañada y con una cerveza en la heladera.

Pero la vida no es eso.

La vida no es el gol del Pinino Mas casi sobre el final de aquel Independiente-River, bajo la lluvia, en Avellaneda, no es ese culo que quisiste y tuviste, no es treinta y tres de mano cuando te faltan dos para salir; no es encontrarte frente a un enemigo, mano a mano, o encontrarte con un amigo después de mucho tiempo y no decir nada. No es Osvaldo Pugliese en el Colón o una nena de dos años balbuceándote “Te quiero padrino” del otro lado del teléfono, del otro lado del océano. No es un billete de cinco que no sabías que tenias entre las páginas de Crimen y castigo, no.

La vida no es la sonrisa de Elena, es su agonía.

Es jugarle una carrera a cualquier ciudad –manejando una Falcón como si fuese una Ferrari– y perderla, es un policía a tus espaldas y la voz: Documentos, son esos ojos que no podés olvidar y que nunca te miraron, es una uña encarnada y treinta y tres gados en abril y una invasión de mosquitos sobre Buenos Aires. Es un rulemán roto en Richieri y camino de cintura y llevar la mano al bolsillo y que sólo haya dos monedas de diez y una de veinticinco.

Después silencio. Caballo 6 alfil-rey.

Mate.

4

Llego por Aerolíneas el viernes veintiuno a las once y veinte, dice la carta. Vuelo 684, dice. Y dice también: Viajo con Pablo, mi marido, y mi hijita. María Eva, que está por cumplir dos años.

ALGUIEN

Dentro de nos ha uma coisa

que nao tem nome,

essa coisa é o que somos.

J. Saramago

Demasiado borracho ya para acertar las teclas de la computadora o para descifrar las palabras dudosas o confusas que susurra la voz en la cinta o para leer correctamente, al menos, los apuntes abiertos sobre el escritorio, decido terminarla jornada.

Me sirvo otro vaso de la barata y amarillenta ginebra que estoy tomando –que tantas veces me prometí no beber más– y que tiene un sabor más cercano al gin o al perfume y un nombre apropiado para una cerrajería, y decido que la jornada terminó.

Miro la pila de hojas que espera sobre el televisor descompuesto, de mi por siempre inconclusa segunda novela y puteo, por lo bajo, en inglés. Una sola palabra, corta y tajante, como una escupida, como un golpe, como un juramento. Me prometo retomarla ni bien termine esta condenada desgrabación, ver si puedo poner a esas cuatro latinoamericanas en los bordes de una autopista entre Fort Lauderdale y Talahasi, apuntándose sus armas unas a otras, bajo el sol caliente de una tarde de agosto.

Me duele un poco la cabeza.

Lo cierto es que la desgrabación de estas cinco entrevistas me la encargaron hace tres días y no le agrego ni una puta oración a la bendita novela hace más de dos meses, pienso.

Liquido el vaso.

Vuelvo a putear, ahora en español.

El inglés es un idioma mucho más afortunado para el insulto,

pienso.

Me siento, o mejor, me desplomo sobre el sillón y me duermo. Tengo un sueño extraño: estoy en un callejón, la luz es tenue y parece provenir de un farol. Llovizna. Estoy jugando a los dados, probablemente al pase inglés, con el tipo al que todos llaman George –uno de los personajes de mi primer novelita–, un desconocido con un diente de oro y las manos sucias y el Diablo. El Diablo es llamativamente parecido a alguien, aunque no llego a descifrar a quién. Durante un rato jugamos tranquilamente, ganando y perdiendo, hasta que alguien levanta la apuesta. El desconocido no sigue, se va caminando por el callejón hasta perderse en la bruma, pero antes deja entre los dados una gran moneda plateada.

Un rato después el Diablo, que ya nos ha ganado el juego al tipo al que todos llaman George y a mí, dice:

–Aquí comienza tu aflicción...

–Eso es Ascasubi –protesto.

–Como prefieras... –dice el Diablo.

Ya no luce tan parecido a nadie.

Hay un timbre y luego otro y otro más. Me despierto sobresaltado por el teléfono. Miro el reloj.

Malas noticias, pienso.

Lo dejo sonar otro poco mientras lleno el vaso con más ginebra berreta de nombre cerrajero, después atiendo.

El dolor de cabeza sigue ahí.

Del otro lado la voz es femenina y sollozante, está apenas irreconocible y dice, simplemente, murió.

Entiendo todo de un solo golpe: imagino a la Turca acariciando la cabeza ya sin vida del Viejo, el llanto desconsolado, los ojos de él muy abiertos y de mi azul apenas más claro. Siento que el estómago se me va a salir por la boca. El Viejo muerto en un puerto demasiado lejano, al que no puedo llegar; un pequeño pueblito pesquero cruzando el Gran Charco. Trato de calmar a Cecilia, trato de calmarme.

–Me voy en el próximo avión –dice ella–, la Turca me espera.

–Te amo –dice también.

– ¿C*omo* es que no era inmortal el Viejo? –pregunta por último.

Trago saliva y ginebra. No quiero que esto esté pasando.

Le digo que no puedo viajar, que también la quiero –más que a mi computadora y a mis libros, exagero, más que a mis discos y que a toda la ginebra del mundo–, que no hay forma de entenderlo, que se suponía que sí, que debía ser eterno.

Nos despedimos, cortamos.

Cecilia llora, yo tomo ginebra. O algo.

Pongo un disco –Godsmack, *Awake*– y desisto de volverá la desgrabación de las entrevistas, aunque debo entregarlas mañana antes del mediodía.

Me acerco a la biblioteca a buscar algo para leer, teniendo especial cuidado en no mirar siquiera el estante donde mi libro descansa irrespetuosamente entre los de Kafka y los de Hemingway; irreverente en medio de Taibo II, Carver, Arlt, el viejo Buk, Chéjov y la banda. Saco del tercer estante una de las novelitas de un escritor argentino, casi de mi edad. Alguien con quien charlar de igual a igual, pienso, sin admiraciones exageradas ni reverencias innecesarias. Abro en una página al azar y leo: *¿Qué es un adulto? Alguien que comprende que la vida es un infierno y que no hay ninguna posibilidad.*

Siento que la cabeza me estalla y tiro el libro contra la pared. Pega cerca de la foto. Ella, la foto de ella, me llama. Siento que salgo de mi cuerpo y puedo mirarme mientras observo la foto. ¿Qué veo cuando miro al tipo que observa la foto colgada en la pared? Ya no soy yo, soy alguien más, soy otro tipo perdido en la noche.

Sully Erna se desgarra en el equipo de sonido, vuelvo a mí, a ser yo:

Sick of my life

I'm tired óf everything

In my life.

Me sirvo más veneno camuflado como ginebra. Miro el reloj

por segunda vez y descubro con espanto que son las cuatro de la mañana.

Fuck.

Una vez más: fuck.

Quiero salir, caminar, encontrar a alguien; tal vez tomar una cervecita fría, hablar de mujeres y de fútbol. Miro el sillón, vacío el vaso y vuelvo a mirar. Allí sentado, frente mí, me parece ver al Diablo.

– ¿Sabes cuándo empezás a envejecer? –filosofa el Diablo, cada vez más parecido a un indefinible alguien– Cuando perdés la calle, cuando ya no es tuya ni de tus amigos. ¿Y cuándo perdiste la calle? Esa noche en que querés llorar o festejar o simplemente estás insomne y necesitás un amigo y salís a buscarlo, entre las esquinas y los bares, y no hay nadie en ningún lado. Esa noche, esta noche, en que todos duermen en sus casitas. Vamos, hace la prueba, búscalos... ¿A quién podes llamar a las cuatro de la mañana? –me desafía.

–Andate al carajo –replico–. La juventud sólo le puede interesar a los nazis o a los pelotudos de los norteamericanos.

Soy un animal joven, pese a todo, pienso. Me duele la cabeza y esa zona imprecisa que gustamos llamar alma; me arde el aire en los pulmones y la sangre que corre por mis venas es espesa y caliente. Soy un animal herido, encerrado en una pieza, doblado de dolor por la muerte de un ser querido. Soy, diría Tom, un perro callejero perdido en las calles porque la lluvia le borró los olores.

Pero el Diablo, tan parecido a alguien, ya no está allí. Y decido que lo que dijo o me dictó el delirio de la ginebra barata es cierto. La mayoría de mis amigos están distribuidos por el mundo, escapados de Buenos Aires y sus miserias, como estuve yo. Y los que se quedaron o volvieron –casados ya, algunos con hijos– duermen al abrigo de sus casitas. En otra época me bastaba con salir a la calle o ir a algún bar para encontrar a alguien. Pero las calles, canturreo, ya no son un buen lugar para soñar.

Y no puedo dejar de pensar en el cuerpo pálido y frío del Viejo, en la Turca de arrodillas junto al pecho quieto, llorando en silencio, en Cecilia, que cruza el cielo en un avión, sola y rota.

El disco de Godsmack termina; el dolor de cabeza, amigo fiel, no.

Voy al baño e intento vomitar –las venas de la sien amenazan con explotar, los ojos arden – y no lo logro.

Recuerdo la prohibición del Viejo con respecto a los licores, sus recomendaciones sobre evitar las bebidas baratas.

–Digamos ginebra, vodka, aunque siempre es preferible un buen tinto o un buen whisky, pero nunca licores –decía–, están llenos de químicos, son veneno. Y si no podes pagarte un buen whisky, bueno, no tomes nada.

La vida, le gustaba decir, es demasiado corta para tomar whisky malo.

La vida es demasiado corta, repito ahora.

Demasiado corta.

Demasiado.

Corta.

Vuelvo a mi escritorio, tambaleante, rendido. Me siento y agarro la botella para llenar el vaso, pero algo me lo impide: está vacía. Podría llorar. Me agarro la cabeza con las dos manos y dejo caer mi frente sobre el teclado. Entonces sucede: la desesperación cede un poco y los últimos dos meses se desvanecen.

Reviso las últimas hojas de la pila que duerme sobre el televisor roto, releo y, de vuelta en la computadora, abro el archivo "Novela".

Escribo: Capítulo XVII.

–Ojalá el Viejo estuviera acá, ojalá Cecilia estuviera –pienso.

Después los hago crujir y mis dedos recomienzan el juego.

Alguien espera sentado en un vestíbulo y sobre la puerta reina el retrato de alguien. Alguien fuma mirando el techo, alguien recuerda y llora, alguien muere lejos y alguien no lo puede creer. El Diablo se parece a alguien o quizás alguien se parezca al Diablo... Alguien odia a alguien, alguien duerme sobre laureles. Y alguien no.

Y mientras golpeo el teclado la noche sigue y sigue y alguien se hunde en ella.

Aunque ya no me duele tanto la cabeza, me vendría muy bien otro vaso de ginebra.

PARECE MENTIRA

Alle großen weltgeschichtlichen Tatsachen und Personen sich sozusagen zweimal

ereignen: das eine Mal als Tragödie, das andere Mal als Farce.

K.Marx

Primero fueron flores. Hermosas flores, rojas como sangre, y una notita: *Por los días que fueron, por lo que quedó pendiente,* Franco.

Casi no podía creerlo, parecía mentira que después de los gritos, los platos rotos, los otros hombres y mujeres, el divorcio, las discusiones por la tenencia y los alimentos de las nenas; después de los reproches y los agravios llegaran aquellas flores bellísimas, justo el día que se cumplían diez años de nuestra primera cita.

Entonces empezó la espera, una dulce espera, mirando la tele, comiendo galletitas y pensando: Ojalá, finalmente, al día siguiente cerca del mediodía sonó el teléfono y era su voz, grave y seca, no la de los gritos y los insultos, su otra voz, la que me decía buenos días, dormilona o sin vos no o tené, tené. La charla duró largo rato y daba la sensación de que nada se hubiese roto, nunca. Parecía mentira.

Primero hablé yo, mucho, y no sé muy bien qué dije, pero estoy segura que todo el tiempo mientras me escuchaba –o me contestaba con alguna frase corta– Franco fumaba un cigarrillo tras otro, prendido a su vaso de ginebra como un náufrago a un madero. Después habló él. Dijo que quería verme, que teníamos que encontramos. Pero no en casa ni en la suya. No en un bar, después del trabajo, cansados y sucios. Dijo que teníamos que hacerlo todo distinto, como en un sueño o una película. Que él iba a conseguir una Chevy naranja, de esas que tanto me gustan y que yo tenía que ir a besarlo metiendo la cabeza por la ventanilla como cuando recién nos conocimos y me iba a buscar al taller. Que se iba a poner un traje azul

que se había comprado especialmente y la corbata que yo le regalé una vez para su cumpleaños y que quería que yo fuera vestida como él me pedía antes en las noches especiales –como yo te pedía siempre, dijo–, con los zapatos de taco aguja y aquel vestido rojo tan escotado que compramos en Río. Medias, ligas, el pelo prolijamente revuelto y atado con un lazo amarillo sobre mi cabeza.

No sé, Franco, intenté parecer difícil, deseándolo más que nunca.

Tenés que venir, tenemos que hacerlo.

Cuándo, pregunté rendida, en un tono que supuse sensual, perdonando todas sus infidelidades, arrepintiéndome de las mías, contenta de no haberle hecho caso a doña Matilde que quería que saliera con el Tito. Olvidé las peleas atroces, y volvieron los recuerdos de nuestro breve noviazgo y los primeros, hermosos, años del matrimonio: el nacimiento de las nenas, los picnics en Lobos o Monte.

Ya te vas a enterar, dijo, sonriendo estoy segura, sobre el vaso de Bols sin hielo.

Volvía a jugar al juego de las sorpresas y los misterios, como en los años felices. Como el viernes aquel en que nos dijo que iríamos a cenar a la casa de mi suegra y en vez de ir a Lugano nos llevó a Ezeiza, así, sin valijas ni nada, y volamos a Brasil y fueron las mejores vacaciones del mundo. Las mellizas tenían tres años y sus sonrisas iluminan las fotos.

A la tarde llegaron más flores, enormes, rojas. Un ramo hermano gemelo del llegado el día anterior; y una notita que únicamente decía una hora y una esquina. Y amor, decía.

Hace un rato empecé a cambiarme. El vestido rojo me queda como pintado porque, aunque seis años menos joven que cuando el viaje a Río, ahora estoy más flaca. Me miré en el espejo y sonreí. Anita preguntó qué pasaba y le dije que su mamá era feliz, que muy pronto todos íbamos a ser felices de nuevo, juntos.

Cómo, mamá.

Le di un gran beso y la mandé a mirar Televisión con su hermana. Me fui pintando sin apuro y sin calma: un poco de sombra, un poco de rubor, bastante rimmel y mucho, mucho rouge. Rojo, que a Franco lo calienta. Finalmente me puse los zapatos y volví al espejo. Los zapatos mejoran las piernas. Me miré de nuevo, de frente y de

perfil, y pensé que quizá en un rato, frente a otro espejo y como tantas otras veces, Franco me haría dejar los zapatos puestos al meterse en mí con furia, con esa violencia linda tan suya.

Tomé un taxi en la esquina de casa y le di la dirección. Pasé todo el viaje soñando, imaginando que éramos una de esas parejas famosas. Que las revistas del corazón se ocupaban de nosotros y hacían una crónica de nuestro apasionado reencuentro y cuando bajé del taxi, apenas impuntual, casi pude sentir los flashes y algunas frías, envidiosas, miradas femeninas sobre mi cuerpo. Tuve que esperar un poco hasta que llegó la Chevy anaranjada, que paró sobre la vereda de enfrente.

Crucé la calle completamente feliz, si es que esto es posible.

Parece mentira, pensé.

Y parece mentira, nomás, que ahora, cuando llego a la Chevy con el banderín de Boca colgando del espejo retrovisor, no esté Franco al volante sino su hermano, Chicho, que con un gesto de burla me guiña un ojo y me dice sonreí para las cámaras y olvídate de la tenencia de las nenas.

Y recién entonces entiendo los flashes y las miradas recelosas de esas mujeres apenas vestidas que esperan, paradas a pocos metros de donde yo estoy, sobre la calle Guiñazú.

50 PESOS

Todo en orden. Todo en desorden.

M. Vázquez Montalbán

Como un truco de ilusionismo –ahora lo ves, ahora no lo ves– y sin que sea posible precisar el momento exacto en que ocurre, el inquietante anaranjado del atardecer se va transformando en un azul que promete una despejada y cálida noche de estrellas mientras Flores va dejando paso a Floresta y después a Villa Luro a medida que el taxi avanza por Alberdi.

Martín estira el brazo para parar al taxi que se acerca. El taxista lo estudia un poco –verifica el pelo rubio, los ojos claros, el gesto aburrido, se tranquiliza con el jean gastado y la camiseta blanca– y para.

Pola y Alberdi, dice Martín por sobre los ruidos de la ciudad que crecen desde la ventanilla y el murmullo de la radio, donde el locutor, justo después de una canción de Diego Torres, habla de un secuestro en Lugano. El verdoso color esperanza de la vida, seguido de un tipo encerrado en el baúl de un Chevrolet 40, en algún lugar de Avenida Roca.

En la esquina, a unos pocos metros, el semáforo enrojece. Después pasa de rojo a verde y el taxi gana velocidad, sobre el empedrado desparejo de Alberdi. La noche crece y el azul del cielo empieza a cumplir sus promesas.

La radio es Radio Diez. El Negro González Oro, o cualquier mierda de esos.

El taxista, un cincuentón de pelo canoso atado en una colita sobre la nuca rolliza, mira a Martín por el espejo retrovisor del que cuelgan un rosario, una cinta roja contra la mala suerte y el banderín de un equipo de fútbol cualquiera en el que se lee la palabra campeón. Tres formas de fe pendiendo del espejo retrovisor. Asiente a algo que dicen en la radio del secuestro en Lugano y agrega una frase corta,

después de confirmar el pelo rubio y los ojos claros, como si quisiera completar la idea con aquello que el COMFER no le permite a la emisora. Algo de los negros, dice. De los negros de mierda.

Martín, hijo de una misionera y un entrerriano, rubio de un dorado opaco que fácilmente se podría tomar por colorado y pobre de toda pobreza, sonríe escondido tras el gesto de aburrimiento propio de la clase media que tan bien sabe imitar. Piensa que es dos veces invisible. Pero no lo piensa en esos términos. Piensa, más bien, si supiera el gil éste.

El taxista asiente, casi como si fuera un reflejo físico, a lo que se dice en la radio: el locutor habla de la droga, de la marginalidad, de la inseguridad en que vive la Gente. Dice, el locutor y el taxista asiente, que la policía está imposibilitada de defendernos –de defender a la Gente, dice en realidad–, que está atada de pies y manos porque los criminales entran por una puerta y salen por la otra.

Creeme, pibe, dice el taxista mientras lo mira por el espejo, cada día hay más crimen por culpa de la droga y de esas viejas hijas de puta, que con la cantinela de los derechos humanos no dejan actuar a la policía. Cada vez hay menos seguridad, dice mientras el taxi avanza por Alberdi, en la radio se repiten las mismas ideas y, por el retrovisor, mira con confianza el pelo rubio rojizo y los ojos verdes de Martín. Esto no pasaba con los milicos, cree. Con los milicos y con el Turco además, dice como si a alguien le importara, yo pude viajar a Miami. Yo, dice y se golpea el pecho con la palma de la mano, un simple laburante. Pero un laburante honesto, agrega, no como los delincuentes que defienden las viejas hijas de puta ésas. La culpa del crecimiento del crimen, insiste, la tienen esas viejas. Y la droga, claro.

Martín no lo aguanta más. Y no es que aquello le importe demasiado. El no sabe, ni le interesa, nada acerca de la gente con mayúscula, ni de la inseguridad ni de las viejas de las que el taxista habla, pero está harto de escuchar boludeces y se muere por un pase y una birra fría.

Como si el locutor ése pudiera entender algo de la vida.

Como si el taxista, todo el día dando vueltitas por la ciudad en su coche nuevo –aire en verano, calefacción en invierno– supiera más que yo, piensa.

Como si Martín no supiera –él, que vive en una casilla diminuta y sin agua corriente, colgado de la luz y sin más gas que la

garrafa que puede comprar de tanto en tanto– cuales son los problemas. Como sino supiera que el problema no es toda droga –ay, cuánto necesita un pase y una birrita, por favor– ni las viejas ésas de las que el taxista habla y que él no sabe ni quiénes son.

El verdadero problema son los bolivianos, los paraguayos y los peruanos, piensa Martín mientras mira por la ventanilla a una morocha de vestido corto y tacos altísimos muy parecida a la Joli, que masca chicle y espera en la esquina de Guardia Nacional. Ellos, piensa, trajeron el paco. Y el problema no son todas las drogas, el asunto es el paco, piensa. Cuando la cosa era porro, merca y pastas, reflexiona, estaba todo bajo control. Y además, resume, la miseria, la pobreza de nuestra gente se debe, sin duda, a todos esos bolitas, paraguayos y peruanos que vienen acá a robarnos el poco trabajo que hay.

Vuelve a mirar hacia la esquina de Guardia Nacional y en la bragueta de su jean gastado se inicia una erección urgente y dolorosa. Supone que la morocha de vestido corto debe ser peruana, como la joli.

Todas putas las peruanas, piensa.

Un Franco haría falta acá, lo interrumpe el taxista, o un Castro.

Un pase, una birrita y un buen polvo con la Joli es lo que haría falta, piensa Martín.

Tiene que correr mucha sangre en este país, pibe, le explica el taxista.

Mucha sangre, piensa Martín.

Sangre, sí. Mucha.

Yo, que viví más que vos, que podría ser tu padre, propone el taxista, sé porqué te digo.

Mi padre, piensa Martín, mira vos.

Finalmente llegan a la esquina indicada. Una esquina cualquiera que al Cancha le parece indicada, y entre el jean gastado y la camiseta blanca aparece el brillo de una .45.

El gesto de aburrimiento en su cara se transforma en ferocidad. ¿Ahora seguirá con su cantinela de las viejas y la droga, piensa y

aprieta el caño de la .45 contra la nuca rolliza del taxista, o no dirá nada en absoluto el cagón hijo de puta éste?

Arrancá, viejo de mierda, dice, el caño contra la nuca, y dobla a la izquierda.

El taxista se siente estafado. Estaba llevando a un negro de mierda camuflado, piensa. Pero balbucea, en cambio: No, pibe, por favor, soy un laburante.

Sí, eso ya lo dijiste antes, dice Martín, seguí por ésta hasta el fondo y dame la plata.

La plata... ¿Por la plata es?, intenta el taxista.

Claro que es por la plata, ruge Martín, ¿por qué otra cosa va a ser?

El taxista intenta, ahora, un discurso tan obvio como el que estaba dando antes. Pero más conciliador.

Pensalo, pibe, dice. Soy un laburante, insiste. Tengo familia, agrega. Doce horas por día me paso acá arriba, se lamenta. Tengo cincuenta pesos, pibe, te los doy, si es por eso te los doy, dice. Pensalo, repite.

Martín piensa, entonces.

Piensa que él no consigue trabajo y que hace mucho dejó de buscarlo. Piensa que no tiene familia y que de cuando tenía sólo recuerda dos hermanos muertos, otros tres presos, una madre, cinto en mano, y un desfile de padrastros intercambiables. Piensa que las horas de su vida gotean como una canilla rota.

Minuto tras minuto, hora tras hora. Piensa que no tiene cincuenta pesos y que con cincuenta pesos puede pegar un papel, una birrita y echarse un polvo con la Joli. Que por cincuenta pesos se está jugando la vida, piensa.

El caño de la .45 golpea ahora la nuca del taxista acentuando las palabras: La plata, la concha de tu madre.

No, pibe, está bien; tené, tené, ruega el taxista mientras le da un puñado de billetes arrugados.

Y una vez más: Soy un laburante, no me vas a matar por

cincuenta pesos, por favor, ¿o vale cincuenta pesos mi vida?

Martín, que tiene los billetes arrugados en el bolsillo, los billetes que significan un pase, una cerveza fría y un polvo, está dispuesto a bajarse, pero piensa, empezando una mueca que será sonrisa, que esta última pregunta merece una respuesta.

Sonríe, entonces, los dientes parejos, los ojos claros, el pelo rubio que bien podría confundirse con colorado, y hunde un poco más el caño de la .45 en la nuca rolliza. Responde con una frase corta en forma de pregunta, con la ferocidad dibujada en la sonrisa de dientes parejos.

Pero el taxista no lo llega a escuchar, mientras el parabrisas se tiñe de rojo.

VENDAN MI ROPA VIEJA

1

Miró el reloj pero aún no era la hora. Hizo cuentas y trampas pero nada, no había qué hacer más que esperar. Vació la copa y fue hasta la heladera, Franz le había dicho que allí había algo de comida, por si se le ocurría comer, para variar, y seis botellas de champagne.

–Y en el desván quedan otras doce; bebé todo lo que quieras, sin pudor.

Abrió la botella de Barón B y se sentó en el taburete del piano, las burbujas brillaban bajo la luz eléctrica, amarillo sobre amarillo.

–Prosit –brindó a nada y a nadie.

Pensó el tiempo que hacía que no tomaba champagne bueno, mientras pasaba las manos por el teclado: Re-Si-Do-Re- Do-Si- Re-Re-Do-Re-Re-Do-Si.

Debe hacer calor, pensó, en Entre Ríos o Santa María o Paraná o Colonia. O donde fuera el lugar en el que ella estuviera. La imaginó sentada a la vera de un lago, a la vera de un río, tomando cerveza o fumándose un porro grueso como un dedo, descalza, bajo una de esas escandalosas lluvias que regalan las regiones mesopotámicas en verano, recitando a Faulkner en voz baja, como siempre que se emborracha.

Si hay dolor que sea sólo lluvia y ésta sólo dolor de plata por el dolor en si...

La imaginó con un pequeño grabadorcito en su regazo, escuchando Lynyrd Skynyrd o Ted Nugent o Trouble o cualquiera de esas porquerías rockeras del Profundo Sur que tanto le gustaban, jugando a ser la nieta de una familia arruinada del Condado de Yoknapatawpha, una muchacha sin inocencia y sin mancha.

... si estos verdes bosques sueñan aquí para despertar...

Terminó esa botella y la siguiente hasta que fue la hora, hasta que fueron las cuatro de la mañana en todo Berlín y también en el

departamento que le había prestado Franz –por un par de días, mientras se iba a pasar las fiestas con su familia a Bremen– y supo que era tiempo. Entonces, solo en aquella habitación ajena, brindó a la distancia también, sintió aquel fin de año, el que debía ser según habíamos aprendido todos esos años el Fin de Todas las Cosas o el Comienzo del Futuro. Y nada, ni Juicio Final ni Autos Voladores, pensó, el mismo dolor animal ante las mismas cosas, la misma alegría efímera ante una voz, una sonrisa, un recuerdo. Sintió aquel fin de año, decíamos, a las cuatro de la mañana de ese pedazo del mundo, cuando terminaba o comenzaba lo que fuese allá en el Barrio, allá en Casa. No mucho más.

–Feliz año nuevo, donde sea que estés, donde quiera que sea tu pantano o el mío –dijo.

Y estaba apenas borracho y no hablaba solo y no hablaba con la luna.

Volvió a llenar la copa y sus manos volvieron a jugar sobre las teclas. Peinó sobre el piano la primera del siglo y la última del papel y la bajó con un trago brusco. Después se puso a tocar y cantar una vieja canción alemana:

Verkauft's mein G'wand,

Ich fhar in Himmel

La copa se vaciaba con asombrosa velocidad, el champagne parecía tomarse solo, aunque sentía la mandíbula pesada, los ojos de goma, la luz como una ofensa.

– Verkauft's mein G'wand… –volvió a cantar.

Entonces quiso alejarse de esa noche, esa noche en la que ella reiría –la sonrisa torcida por la bebida como él la había fotografiado tantas veces– en una mesa cualquiera, con un vaso de vino blanco o cerveza en la mano, hablando cada vez más y más alto, detrás de los ojos enrojecidos. Quiso alejarse sobre todo del resto, del final de la noche **y** de la mañana siguiente.

Se habían conocido a la única hora y en el único lugar en que podían coincidir. Era el verano de 1989, las seis de la mañana de cualquier día en una playa de Villa Gesell. Ella volvía de algún boliche o de alguna cama caminando por la playa; los zapatos de taco en una mano, el vaso a medio beber en la otra.

Si hay dolor...

El, sudoroso y concentrado, gastaba formas karatekas sobre la arena todavía húmeda, frente al mar. La vio acercarse y se detuvo, agitado, más por verla que por no ser visto.

Supo, mientras miraba las piernas perfectas y delgadas, el pecho de talle breve, la seductora panza chata que se dejaba ver bajo la remera cortísima, la cola que incluso de frente se adivinaba con forma y textura de manzana, que aquélla era exactamente la mujer, la clase de mujer por la que era capaz de perderse. Ella se iba acercando con pasos cortos y despreocupados. A medida que lo hacía él fue descubriendo el andar felino, el largo pelo enrulado, de un indefinido castaño claro; los tristes, grandes y borrachos ojos oscuros.

–Hola –dijo ella dejando de recitar–. ¿Tenés fuego?

Sonrieron ambos, el sólo tenía puesto un short verde, sin bolsillos.

–No, pero es muy temprano –miro sin disimulo el vaso en una mano, los zapatos de taco en la otra– o muy tarde, según se vea. ¿Estás segura de que que res fumar ahora?

–No –dijo ella–, si yo no fumo.

–Podemos desayunar, entonces. Se está por largar a llover, va a ser mejor que busquemos resguardo –ironizó ahora él.

El sol crecía prepotente sobre el mar y ni una sola nube, claro, se atrevía a borronear el cielo rojizo.

Revisó en vano bolsillos y cajones, sabiendo que no había más, que las provisiones se habían terminado y tendría que esperar.

–Habra que abrir otro Barón B para pasar este mal momento.

Esa botella se fue en tangos mal tocados, en canciones escolares recordadas a medias o con las letras cambiadas.

Me cago en Sarmiento

que me higo estudiar.

Pero cada noche tiene su propia música y con la copa ya casi vacía volvió a empezar en el piano y la voz enronquecida la que sería para él, la que sería en esa casa en el lado oeste de Berlín, y para siempre, la canción de aquel primero de enero.

Afuera empezó a gotear y, en cuestión de minutos, el goteo fue lluvia, la lluvia tormenta, la tormenta diluvio. Miró por la ventana, parecía que al siglo anterior le hubiera quedado un remanente de lluvia y tuviera que gastarlo antes del amanecer. Y que hubiera elegido Berlín para dejar caer ese excedente, para limpiarla, tal vez, de toda infamia, de todo dolor. Lamentó no tener rollo en la Nikkon, no tener ganas de fotografías.

–Vendan mi ropa vieja –repitió, tradujo, lo que había estado cantando toda la noche–, me voy al cielo.

Con la copa en la mano salió al balcón, a mirar las calles y las luces perdidas detrás de la inabarcable cortina de agua, silbando ahora la recurrente canción coronada. El champagne entraba fácil en el cuerpo, apagando la sed, encendiendo la sed, un trago tras otro.

Ya habrá terminado de brindar, pensó. Lo que fuera ya estaba sucediendo y nada podía hacerse. Y la única forma de huir, de vender la ropa vieja e irse al cielo, era hacia atrás.

4

El departamento era pequeño y casi no había muebles; un pequeño equipo de sonido, una pila de discos, una mesa ratona, almohadones, una lámpara de pie cubierta por una tela azul que amortiguaba la escasa luz, en la pared dos fotos en las que ella sonreía –abrazada a un cuello masculino en una, rodeada de otras jovencitas

igualmente sonrientes en la otra– y una hoja con un poema de Dylan Thomas.

Rage, rage against the dying of the light, decía el único fragmento que era capaz de recordar.

Se sentaron en el suelo, en silencio, y bebieron cerveza intuyéndose los ojos más que mirándoselos. De a ratos uno de los dos decía algo, una frase breve que rebotaba entre los almohadones desperdigados por el suelo y el mudo equipo de sonido. Así siguieron, midiéndose, diciéndose a sí mismos: peligro, peligro, y muriéndose de ganas. Sabiendo ambos que desde la mañana en la playa, dos semanas atrás, la suerte estaba echada. Recién cuatro horas después del primer brindis dejaron las penumbras de esa habitación y ganaron el dormitorio.

–Vamos –dijo ella.

El sacó otra cerveza fría de la heladera y la siguió.

5

A la mitad de la siguiente botella se dio por vencido ante el irrefutable hecho de que ni una gota más de champagne le cabía en el cuerpo y subió al primer piso donde estaba el dormitorio y la cama de Franz lo esperaba. Se sacó la ropa no sin dificultad y se acostó boca arriba, para cerrar los ojos y saber, al primer intento, que no iba a ser tan fácil, que el insomnio había decidido pasar la noche con él y que no quedaba más que esperar.

Entendió que pretender no pensar en ella sería un esfuerzo inútil. Entonces trató de descontextualizarla, de no pensarla en una cama, en otra cama, no pensar en su boca entreabierta ni en olores conocidos. Sólo su imagen: sin tiempo, sin lugar. Pensaba en no pensar, en no querer, deseaba no desearla, no necesitarla, no saber que era, que siempre sería mejor si ella estaba.

Verkanft's main G'wand,

Ich fahr in Himmel.

Pasaron minutos interminables que fueron transformándose en horas. Y cuando ya nadie podía ignorar o discutir el sábado a la mañana que cubría Berlín empezó a arrullarse, cantando nuevamente

y en voz muy baja la para entonces indefectible canción, hasta que el sueño llegó, piadoso, y le cerró los ojos.

CAROLA Y EL RIO

I like smooth shiny girls, hardboiled

and loaded whit sin.

R. Chandler

1

La nada por delante y desechos por detrás. Con más miedo que esperanza y mucho más miedo que dolor, Quiroga pone el flamante auto que hasta hace un rato perteneciera a su padre rumbo a cualquier parte, sintiendo fluir y deslizarse por su cuerpo el temor y la confusión, el desapego y la tristeza, la extraña sensación de estar escapando de todas partes y hacia ninguna. Entonces sólo la noche. Sólo el tenue blanco de las luces de posición sobre la espesa negrura, sólo el volante pequeño y el rumor sordo del motor, sólo el tiempo y la incertidumbre. Todo deja de ser y queda atrás junto con el último reflejo de Buenos Aires. Atrás el título, las expectativas de mamá y papá, la novia de doble apellido, el futuro promisorio, los amigos del club, las cuotas del departamento sobre Libertador, la exitosa vida idiota. Atrás la tranquilidad de saber y tener.

Bosteza. Le encantaría, ahora mientras se aleja, saber cuándo empezó o terminó todo para él. Si cuando leyó el legajo antes de acostarse y con desgano o cuando rao por primera vez la frialdad de los ojos y el ardor de la mirada, si cuando se dio cuenta de que no había ninguna posibilidad de ganar ese caso y de que no podía perderlo o cuando descubrió, azorado, que a veces nada importa, ni siquiera el rechazo. Al menos sabe cuándo cambió a los ojos del resto del mundo, cuando quedó del lado de los perdedores y los equivocados: hace exactamente dos meses y veintitrés días, cuando presentó el escrito, cuando mintió a sabiendas, cuando tomó su primer decisión sin piloto automático y sin red.

Eran poco más de las once de la mañana cuando se rieron las caras por primera vez. Quiroga tenía bastante sueño porque María Eugenia había pasado la noche en su casa y no habían dormido casi nada. Apenas había leído el legajo antes de meterse en la cama, urgido por el deseo y le había parecido poco prometedor. Pero el legajo, claro, nada decía del mechón de pelo que caía brutalmente sobre la frente blanca ni de la boca perturbadora ni de la filosa mirada gris.

Quiroga se presentó –A partir de ahora soy tu mejor amigo, dijo– e intentó empezar a hablar del caso, explicarle lo complejo de la situación, hacerle algunas preguntas. Notó que ella parecía no escucharlo y que, aunque sus ojos estaban fijos en los suyos, daba la sensación de no estarlo mirando tampoco, de estarlo traspasando como si fuera de cristal, de tener la rusta clavada en alguna parte de la pared descascarada y sucia. De pronto Carola disparó cuatro preguntas, que confirmaron que no lo estaba oyendo, con un tono monocorde, cansino, que no se condecía con el rostro ni con el cuerpo de curvas vertiginosas.

– ¿Cómo está Juancito? ¿Dónde está? ¿Cuándo voy a poder verlo? –y después de un silencio casi imperceptible– ¿Puede usted conseguirme un rompecabezas?

Quiroga contestó cada pregunta entre sereno y confuso –Bien, Con tu mamá, No sé, Sí– y después siguió con su juego de abogado, tratando de ganar la confianza de la chica, su colaboración, su obediencia.

–Era lo mejor para todos –lo interrumpió ella al rato–, lo mejor.

Entonces Quiroga supo que algo no andaba del todo bien.

Pero no fue en la primera, ni en la segunda, ni en la tercer entrevista, no fue hasta mucho tiempo después que descubrió que tan mal estaba todo; cuando descubrió que era imposible ganar ese caso, que ningún juez iba a fallar a favor de la inocencia de Carola, que ella no iba a mostrar arrepentimiento y que no lo sentía. Y supo también que tendría que salvarla por más de una razón y que acaso la más importante no fuera que, de a poco o de golpe pero en cualquier caso sin darse cuenta y sin quererlo, se había enamorado de aquella

jovencita que había matado a su padre y sólo quería ver a su hermanito y un rompecabezas.

3

Cuando Nicolás llegó y, mientras dejaba su placa y la Browning 9 milímetros sobre la heladera, les informó que empezaban sus cuatro días de franco, Carola lo ideó todo.

–Así que me van dejando libre la televisión y me alcanzan un vinito... –lo escuchó decir todavía, lo vio relamerse el grueso bigote reglamentario.

Y al otro día, cuando en el comedor, vestido con el bab—doll de su esposa –la madre de ella, que dormía en el cuarto de al lado la paliza de la noche anterior– su padre jadeaba así, Juancito, así... eso, eso, Carola se encerró en la cocina y en su primer intento aprendió a montar y desmontar la Browning, dejándola sobre la heladera justo a tiempo, apenas antes de que, sobre los sollozos de Juancito, su padre gritara: A ver, adonde está mi nena? y le tocara a ella una vez más.

Entonces cumplió con el asqueroso rito que le había sido impuesto y esa misma tarde, aprovechando que Juancito estaba en la escuela y no tendría que ver ni oír, volvió sigilosa de la cocina, apoyó la almohada sobre el borracho pecho de su progenitor que dormía en el sillón de la sala y apretando la pistola contra la almohada vació el cargador.

Tardó media hora en bañarse, ponerse ropa limpia, prepararen un taper la merienda de Juancito; en decidirse a salir. Sobre la mesa quedaba un rompecabezas a medio armar, 1.365 piezas que formarían la reproducción de *El grito,* de *Edward Munch*. Pasó por la casa de Florencia, una vecina cuyo hijo era compañero de Juancito, y le pidió que lo buscara por ella y lo cuidara un par de horas.

–Acá te traje su merienda –dijo.

Después se fue caminando hasta la comisaría donde el muerto, su padre –que ya nunca le diría mi putita– prestaba servicio y, apoyando la 9 milímetros que aún tenía olor a pólvora sobre el mostrador, le dijo con una sonrisa al estupefacto cabo Saponaro: –Lo maté.

Eran las cuatro de la tarde del primer día después del infierno. La doctora Castinieira dijo que habían terminado, que se podía ir, que se verían al día siguiente a las nueve.

Quiroga la esperaba en la puerta. Había pensado en llevarle flores, pero había desistido por considerarlo un gesto excesivo. Ahora, mirándola bajar del ascensor, abrir la pesada puerta del edificio y sonreírle como abstraída se arrepentía.

–Te vine a buscar para que vayamos a que conozcas a Guido, que es quien te va a dar el curso de fotografía –dijo y después de vacilar un poco–, pero antes quería que charláramos una cosita. ¿Podemos ir a tomar un café?

–Estuve nueve meses presa y salí ayer. Tengo ganas de caminar.

Anduvieron en silencio un largo rato, disfrutando del sol y el aire cálido que les recordaba que, aunque faltaba la última lluvia del invierno, la primavera se acercaba.

Sobre la calle Guardia Vieja entraron a un bar. Carola pidió una Coca-Cola y un tostado, Quiroga un café, como el buen abogado que estaba por dejar de ser. Un mozo con acento del norte de España les acercó el pedido con más celeridad que amabilidad y volvió a acomodarse detrás del mostrador, donde parecía haber nacido.

Hablaron de trivialidades como dos viejos amigos aunque Quiroga sentía como una derrota cada minuto que pasaba sin animarse a encarar el tema, decir todo lo que sabía, lo que pensaba, lo que esperaba. Y cada vez que empezaba a hablar creía: ahora sí, pero su boca lo traicionaba y nada decía otra vez.

El cielo oscureció repentinamente y comenzó a soplar un viento bastante fresco.

–Voy al baño –dijo Quiroga con las manos cubiertas de sudor.

El plan era simple, necesitaba trazarse alguna jugada y para eso necesitaba no tenerla enfrente, escapar del influjo de los labios, del mentón breve, del leve movimiento de las manos sobre la mesa, necesitaba estar solo un par de minutos. Era un plan simple, pero falló. Casi junto con él entró al baño un tipo con un aspecto que a Quiroga le pareció intimidante y que se debatía frente a los

mingitorios, como si no supiera cual elegir o no hubiera ido allí a orinar y se sintiera confundido. Quiroga saludó al desconocido como si no lo fuera y lanzó un comentario tras otro, temeroso del silencio; habló de la locura del tiempo, del nuevo –y obvio– triunfo de River sobre San Lorenzo, de la escasa ropa que insistían en ponerse las porteñas. Al ver que el desconocido casi no le contestaba y no se iba, salió del baño desencantado, olvidando lavarse las manos.

Volvió a la mesa, a la belleza extemporánea de Carola, una belleza más adecuada para la década del veinte: la cara redonda, la nariz pequeña, el brutal mechón de pelo, la boca abundante.

Charlaron sin rumbo otra media hora, para entonces ya caía una lluvia con pretensiones de diluvio.

–La cosita de la que me querías hablar es que vos querés que yo me escape, *¿no?* –dijo al fin Carola aliviándolo, obligándolo– ¿Por qué?

El empezó a enumerar con la tranquilidad de no estar mintiendo y la vergüenza de no decir:

–Porque no podemos ganar, porque me parece injusto que vayas presa, porque lo único que te retiene acá es tu hermanito e igual no van a dejar que lo veas, porque si logramos que no te manden a la cárcel te van a meter en un loquero.

Su mundo se desvanecía y caía. Tomó un trago de café y coraje y agregó lo que había estado tratando de decir toda la tarde.

–Porque estoy perdido por vos, porque quiero que nos vayamos juntos.

Aquí nuestro relato oscurece para no confundir, para no darle importancia a lo que no la tiene. Posiblemente ella haya bajado la mirada hasta la mesa y, apenas audible, haya dicho sí y no; quizá lo dijo después de saciar ambos el hambre y la sed abrazadora y se confundieron piernas, sudores, gemidos, olores. Eso no lo sabemos y no nos interesa. Baste decir que, con o sin sexo, a la mañana siguiente o la otra Carola había aceptado sólo el cincuenta por ciento de lo que Quiroga había decidido y planeado durante los ochenta días que el juez había tardado en contestar el pedido, en reconocer que ella no sería peligrosa para los demás ni para sí misma, que su idea no era eludir a la Justicia.

Ahora, además de sueño, Quiroga comienza a sentir hambre y empiezan a pesarle los kilómetros, el pie muerto sobre el acelerador, la mano izquierda apenas apoyada sobre el volante, la derecha caída pesadamente sobre la palanca de cambios, la boca pastosa, la noche cerrada.

Pasa todavía un rato hasta que encuentra una estación de servicio con una pequeña cafetería iluminando casi la ruta. Estaciona y entra caminando despacio, sintiendo después de horas el movimiento de las rodillas, el peso de los párpados, los demonios que lo habitan.

De los tres tubos fluorescentes sólo uno funciona y debajo de ése se sienta. La mesera se acerca mascando chicle con la boca abierta, tiene una edad inexistente entre los 25 y los 40 años, una edad que únicamente puede existir allí, bastardeada por el sexo insatisfecho, el resignado exceso de peso de las carnes hastiadas y fofas, los dientes amarillentos, el guardapolvo sucio, los acuosos ojos celestes.

– ¿Sí? –le pregunta displicente, aburrida.

Sobre todo aburrida: aburrida de la noche, de la madre resentida y el padre idiota, del entusiasta novio joven y pueblerino, de la deteriorada ruta semidesierta, aburrida incluso de las esporádicas sorpresas, como este apuesto muchacho de ojos tristes que acaba de llegar en un reluciente e inapropiado automóvil importado a preguntar si las medialunas son frescas, para pedir tres y un café con leche.

El culo gordo de la mesera sin edad posible se aleja. Quiroga mira las paredes pintadas hace años por manos inexpertas y repara en el reloj que dice 7Up y ticktackea sobre la puerta de vidrio. Las agujas marcan las tres y media. Se pregunta cuánto tardará en amanecer, cómo estará ella. Carola y el río, piensa.

Cuando se está inmerso hasta las rodillas en la mierda, todas las coincidencias son –o parecen ser– significativas. De saberlo le resultaría una coincidencia significativa a Quiroga que también sean las tres y media en el brumoso frío del Río Capurro cuando Carola le pregunta la hora al barbado anciano que la está cruzando a Carmelo en un bote con un asmático motor diesel, ruidoso como el infierno. Para después seguir, taciturna, sin hablar, tratando de adivinar si volverá a ver a Juancito, si la irán a buscar, si se sentirá distinta al ser

una prófuga de la Justicia. Supone que no, ella asesinó a su padre y no se siente diferente que antes.

–Todos somos de alguna manera prófugos –le había dicho Quiroga en el bar de la calle Guardia Vieja, días atrás.

Ella decide ahora que quizá todos seamos asesinos, de alguna manera.

Entonces le dedica un tierno recuerdo a Quiroga, un momento cálido y breve antes de perderse en la indescifrable oscuridad del río.

Quiroga moja en el café con leche una de las medialunas y la muerde sin placer. Piensa en otras cosas: en las conjeturas que harán sus amigos, sus padres, en la mentirosa parodia de desesperación que interpretará María Eugenia, en el almuerzo del domingo, sin él en la silla de junto a la ventana. Después sí, una vez más en la muchacha –a la que nunca volverá a ver, por la que todo cambió–, el rostro redondo y blanco, el mechón siempre brutal, la rotunda curva de los muslos. Imagina con resignado terror un futuro inimaginable y desclasado.

La medialuna es vieja y está recalentada. Quiroga sonríe; otra pequeña estafa, otra trampa.

Por todo lo expuesto y con la convicción de haber logrado estructurar un eficiente equipo profesional interdisciplinario, pido a Vuestra Señoría conceda el beneficio procesal solicitado en consideración al principio de inocencia que encuentra fundamento en el art. 18 de la Constitución Nacional y en forma subsidiaria en el Pacto de San José de Costa Rica.

Remito al artículo 1°. incisos a y b de la Ley 10.484 de donde se infiere que la privación de la libertad durante el proceso penal no puede tener carácter de pena anticipada ni las finalidades de esta ya que el único sentido jurídico de este instituto procesal es de tipo cautelar, como sostiene la Corte Suprema de Justicia de la Nación (sentencia del 11 -9-86, CSJN, fallos 308:1631; JA 3368-46 del 8-3-88) cuando atribuye a la prisión preventiva la intención de impedir que el procesado eluda la acción de la Justicia, sea obstaculizando la investigación o el cumplimiento de la sanción penal.

Resulta entonces innecesario este recaudo pues lejos está de las intenciones de mi defendida sustraerse a la acción de la Justicia al haberse allanado a su intervención, entregándose detenida inmediatamente después del hecho y confesando su autoría en sede policial, ratificada en declaración indagatoria.

Con la certeza de que mi defendida honrará su palabra frente a Vuestra Señoría sometiéndose al proceso, solicito se conceda la excarcelación extraordinaria ofreciendo la caución real sobre todos mis bienes, hasta completar los cien milpesos requeridos.

Proveer de conformidad.

Será justicia.

OTRA HISTORIA MINIMA

Pessimismo dalla intelligenza,

ottimismo dalla volontá.

1. **Gramsci**

Estoy sin trabajo. Cuento con algunos ingresos furtivos y, generalmente, no del todo legales. El resto es mi familia, mis amigos, mi mujer, el gato, música y literatura.

Poco y mucho, como se ve.

Me siento a escribir sin plan y sabiendo que voy a terminar contando otra historia mínima en la que casi nada pasa. Un tipo que, tirado en la cama o sentado en un bar, bebe y rememora el pasado, otro que pasa solo fin de año, amores que se disuelven prácticamente sin palabras, amigos que se encuentran después de años, llamados que no llegan, hombres enamorados de jovencitas imposibles. Eso, historias pequeñas, anónimas.

Me siento frente a la máquina de escribir, una bellísima Underwood del año ’36 ruidosa y con unos tipos claros y firmes, en la que apenas salta la erre. Pongo una hoja en blanco y muevo palancas metálicas que configuran márgenes e interlineado. Después hago girar el rodillo, dos veces.

Voy hasta la heladera a buscar cerveza y pongo música. Con música siempre es más fácil. Algo tranquilo, sonrío. Pantera, *Far beyond driven.*

Ahora sí:

Francisco perdió el trabajo en el frigorífico hace ya un año. Desde entonces busca otro, cualquier cosa que llene la heladera y nada, o muy poco, encuentra. Sin posibilidades, sin ganas, sin futuro en un país que se hunde. No tiene dinero ni trabajo. Por supuesto la desesperación enseña y obliga y sobrevive con trabajitos esporádicos y los pequeños negocios de la marginalidad, nunca falta quien quiera

conseguir lo que no puede comprarse en el supermercado o la tienda del barrio. Lo que sea, hay que comer. Por lo demás no está tan jodido, quiero decir que podría ser peor. Cuenta con sus padres, su hermano, unos amigos de fierro, tiene una casa (aunque hace meses que adeuda el alquiler) con su mujer y un gato que a veces parece humano. Un montón de libros y unos cuantos discos.

Una vida hecha con poco de todo, con mucho de algunas pocas cosas imprescindibles.

Suena el teléfono. Es mi vieja. Charlamos un rato. El trabajo en el colegio está enloquecido porque la rectora pidió licencia y es semana de exámenes. Ahora está por ir a su curso de pintura con materiales reciclados. O algo así. Pregunta si sé algo de Nito, cómo está Ly. Nos vemos el domingo, le digo, a eso de la una. Promete canelones con pollo. Cortamos.

Me acerco a la biblioteca que me hizo Ly al lado del escritorio y saco un Bukowski, cualquiera. Lo abro al azar y leo:

Se necesitaban las mismas cosas: talento, huevos, estar en forma. Sólo que la forma era mental, espiritual. Nunca se era un escritor. Uno tenía que convertirse en escritor cada vez que se sentaba a la máquina. No era tan difícil una vez sentado frente a la máquina de escribir. A veces lo difícil era encontrar aquella silla y sentarse en ella. A veces uno no jodía hacerlo.

Gracias por el aliento, Hank, pienso.

Vuelvo a la Underwood.

Releo y saco la hoja que va a arrugarse y acompañar a otras compañeras suyas al tacho de basura. Renuevo la hoja en blanco y giro dos veces el rodillo de la máquina.

Tobermory exige comida, maúlla y se refriega contra mi pie descalzo. Yo pretendo que no me entero, la mirada fija en la página en blanco.

Escribo:

Ya hace casi un año que Francisco perdió su empleo. Desde entonces busca y nada. Sin ganas, sin posibilidades, sin futuro en un país que se hunde, ahora sobrevive con los trabajitos esporádicos y algunos pequeños negocios de la marginalidad. Por lo demás no está tan mal: tiene a sus padres, su hermano, amigos de fierro, una mujer

hermosa y un gato que, a veces, parece humano. Un montón de libros y unos cuantos discos.

Está dicho; una vida hecha con mucho de algunas pocas cosas.

Tobermory insiste con sus reclamos. Cedo. Hace 24 horas que no como, 24 horas de mate y cerveza, un poco por la heladera casi vacía y otro poco por pereza. Abro una lata de atún para el gato y, ya que estoy, me preparo un sándwich. Destapo la última cerveza que queda y acompaño con un vaso el sándwich.

Después llamo a Carga. El lunes jugamos en la canchita de Dorrego, compró el último de Pappo y, como era de esperar, está buenísimo. Pregunta si almorzamos juntos mañana. No puedo, le digo, el viernes. Le mando saludos para Yero y Gustavo. Manda para Ly. Cortamos.

Vuelvo a la Underwood con el segundo vaso de la última botella y releo. Arrugo, tiro, pongo una nueva hoja, hago girar dos veces el rodillo.

Me levanto a cambiar el disco, pongo Crowbar, *Odd Felinas Rest.* Algo suave, sonrío.

De nuevo frente a la página en blanco.

Nada.

O peor, siento que me saca la lengua.

Nunca lo vas a lograr, se acabó para vos, parece decir la Underwood.

Termino el vaso y me repito que esta máquina de escribir prehistórica no puede burlarse de mí ni de mi talento enano, que es sólo un objeto mecánico.

Escribo un poco.

Agrego algunas comas innecesarias y después arranco la hoja de un tirón.

No.

Mierda.

Nueva hoja, dos vueltas de rodillo.

La página vuelve a estar en blanco, mi cabeza también. Tomo lo que resta de la cerveza directamente de la botella y me voy a bañar.

Mientras estoy bajo la ducha suena el teléfono, atiende el contestador. Me estoy secando cuando escucho el mensaje. Nito. Dice que ensayamos el sábado, que si hablo con mamá le diga que se va a quedar a dormir en la casa de Parné. Pregunta si el lunes hay fútbol. Un abrazo, termina, hablamos mañana, cuidate.

Me siento. Ahora sí. El baño me refrescó el cuerpo y las ideas.

Escribo:

Hace casi un año que cenó el frigorífico y me quedé sin trabajo. Desde entonces –sin ganas ni posibilidades en un país que se hunde– busco y nada. Sobrevivimos, mi mujer y yo. con los trabajitos esporádicos y sobre todo, con algunos pequeños negocios de la marginalidad. Pero no está mal: ella, nuestro gato, la familia, mis amigos, un montón de libros y unos cuantos discos alivian las horas y lineen el resto.

Como se puede ver. poco de algunas cosas necesarias y mucho de lo imprescindible.

Ruido de llaves.

–Hola –llega Ly radiante, con el pelo apenas mojado por la garúa que visita Buenos Aires, insistente, por estos días. Nos besamos como si no nos viéramos desde hace siglos.

–Mirá lo que traje –dice.

Acaba de cobrar el laburo que hizo para la revista de repostería y trae un paquete con empanadas. Y tres cervezas. Abro una, brindamos.

Hace unos meses leímos un reportaje a un escritor uruguayo que a los dos nos gusta mucho en el que hablaba de la obra del fotógrafo que Ly sueña con ser.

–Nada sobra en las imágenes –resumía.

En el mismo reportaje contaba que la que habría de ser su máxima en literatura –Sólo tienen derecho de existir las palabras mejores que el silencio–la había escuchado de los labios del tipo que escribió las páginas por las cuales yo hubiera vendido mi alma y la de

Nito y la de Tobermory. Y la de mi vieja y la de Ly, si es que las mujeres tienen un alma.

Desde entonces ése es nuestro brindis.

–Por las imágenes en las que nada sobra –digo.

–Por las palabras mejores que el silencio –contesta.

Y los vasos chocan.

El disco de Crowbar termina. Pongo uno que nos gusta a los dos. Algo alegre, sonrío: Tom Waits, *T*he *Heart Of The Saturday Night.*

–¿Escribiste?

–Poco, muy poco...

–¿Me lees? –pide.

Entonces, mientras voy leyendo, me doy cuenta de que algo está mal. Está pesado todavía. Gotea.

Muy cargado, dice Ly cuando termino.

Nos tiramos en la cama a comer empanadas, tomar cerveza y escuchar el disco.

–And it's hard to win, when you always lose –canta el tío Tom.

Acaricio alternativamente a Tobermory y a Ly, los dos, a su modo, ronronean. Empiezo a sentirme dichoso.

Pasa un rato. Ly se va a bañar. Yo me quedo en la cama con la cerveza. Cuando vuelve –desnuda, fresca, todavía mojada–me zambullo entre sus piernas. No lo puedo creer, yo no sé cómo la hicieron, pero es sexualmente tan perfecta que me asusta. Retozamos un rato. Después se duerme.

Abro otra cerveza y vuelvo a la Underwood.

Escribo:

Estoy sin trabajo. Cuento con algunos ingresos furtivos y, generalmente, no del todo legales. El resto es mi familia, mis amigos, mi mujer, el gato, música y literatura. Poco y mucho, como se ve.

Y lo demás ya lo saben.

SILENCIO

El silencio es la peor forma de muerte.

P. I.Taibo II

Viviana camina sola, el paso apurado y nervioso que lleva siempre.

Parece no haber nadie más en las calles. Casi nadie. Como si todos los habitantes de La Ciudad estuvieran encerrados en departamentos y bares (algunos pocos en el estadio) viendo a la Selección de Fútbol buscar un pase a la semifinal del Campeonato Mundial, para lo que debe ganarle por una diferencia de cuatro goles al Equipo Revelación; ganará seis a cero. Corre el mes de junio y hace frío.

Camina sola, el paso apurado y nervioso que lleva siempre, y susurra una canción.

Mi amor es un amor de antes de la guerra, canta, despacito.

Porque lo importante es no callarse, no dejar que el silencio lo llene todo, que se haga luz, oscuridad, espacio, tiempo; que se haga real y no haya más que eso, silencio. Un gran montón de silencio y de nada, un montón silencio y de miedo y los horrores que todos saben y tratan de no nombrar. No hay que dejar que el silencio reine: por el Laucha y Adriana y el Indio y todos los otros.

Y se amargan la vida mis enemigos, susurra.

Tiene frío, pese la campera y la bufanda que le tejió la Bobe y las medias de lana que se trajo el año pasado del Bolsón. Camina con paso apurado por los nervios y el frío: bajo su brazo un bolso con los volantes que acaba de retirar de la imprenta y que tiene que llevar a casa –la única que el tabicado le permite conocer– de Hugo, en el bolsillo de la campera un .38 corto de diez tiros, en el hueco de su segundo premolar, aunque el partido la prohibió, la pastilla de cianuro que no va a llegar a tomar, en su vientre –aunque aún no lo sepa– un feto de cinco semanas, que será una niña, que se llamará fina, que

nacerá en cautiverio.

Las ruedas del Ford suben a la vereda y los tres gorilas bajan de un salto, armas en mano. Parecen fotocopias mal hechas uno del otro: los mismos bigotes, el mismo buzo azul, los innecesarios anteojos oscuros, el gesto iracundo, rabioso y un poco imbécil que sólo tienen los fascistas.

Sí, es ella, grita uno.

Judía de mierda, otro.

Viviana saca el .38 y hace fuego. Yerra.

Unos minutos después, bastante golpeada, con un tiro en el muslo, atada y amordazada en el baúl del Ford, trata de no pensar y no puede. Hasta entonces, los últimos dos años, ha vivido en el miedo: ahora descubre qué es el terror.

Más tarde habrá, sobre todo, gritos, alaridos. Después, muchos meses después, pasados los extremos del dolor y la humillación y el espanto, vendrá el silencio.

EL SABOR AMARGO

You ’ve been baptized in a lake of tears Crucified yourself with your own fears...

But you learn from what’s killing you And this time is real.

K. Windstein

1

Eso no, dice la mujer mientras detiene la cabeza, la boca enmarcada en la barba rojiza que lame las cercanías de su ombligo y baja.

No, dice la mujer, yo te lo hago si querés pero vos no. La mujer, que se llama Emma y tiene los ojos verdes y detiene la boca enmarcada en la barba rojiza que baja lamiendo las cercanías de su ombligo, dice no, no quiero.

La mujer que se llama Emma y dice no quiero levanta el culo hacia el techo, cierra los ojos y apoya su mano pequeña sobre la verga endurecida de Rejman. ¿De qué color son los ojos verdes de Emma ahora que están cerrados y nadie puede verlos, ahora que nada pueden ver? ¿De qué color es la lengua rosada, de qué color los labios que atrapan el pene endurecido de Rejman?

Su boca, sus labios, su mano pequeña trabajan los estertores de Rejman.

Sigue. Se detiene, Emma.

Jadea: decime cómo te gusta.

La mujer que aprieta la verga dura con su mano pequeña abre los ojos que vuelven a ser indudablemente verdes y pregunta cómo le gusta a él, al hombre de la barba rojiza, Rejman.

Te voy a llenar de, empieza a decir Rejman. Pero la boca de Emma vuelve sobre la dureza y él no puede hablar más, comienzan a apurarse los sonidos de glotonería indisimulada, de labios cerrados sobre el miembro tenso, de lengua trabajosa y tenaz. Y la boca de la mujer, trabajosa y tenaz, se llena.

Rejman resopla, arquea la espalda y las plantas de los pies, se muerde el labio inferior, pegado a la barba rojiza.

Mierda, dice. O dice Dios. Una de esas dos groserías dice Rejman cuando la mujer traga el sabor amargo de su semen.

Emma, la boca adormecida por el regusto amargo del semen, le dice montame. El hombre de la barba rojiza, la verga del hombre de la barba rojiza, ya no tan dura, momentáneamente flácida, la monta.

Dale, hijo de puta, dice la boca de Emma, el regusto amargo en la lengua adormecida. La verga de Rejman se endurece lentamente adentro de ella que repite móntame.

Y cogen con crueldad, con crueldad se ufanan los cuerpos entrelazados y sudorosos.

El bar está casi lleno.

Recostada la espalda sobre el respaldo de la silla, la mano meciendo su barba rojiza, Rejman, que tiene una cara angulosa, mira a su auditorio y tose. ¿La tos es parte del montaje o es un signo de enfermedad? Rejman habla al auditorio que lo escucha en silencio. Sabe Rejman, la barba rojiza en la cara angulosa, que estas conversaciones en bares, que todos esos intentos, las cosas que serán dichas y las que se callaran son un fiasco, que no hay ni una idea propia allí, que no hace más que compilar y repetir. De alguna manera esto lo divierte a Rejman, que tose.

Que alguien me consiga un pañuelo, dice. No pide, no agrega por favor, no pregunta si alguien tiene. Un muchacho desaliñado de suéter azul claro le acerca uno. Muy pronto otras dos personas estiran hasta él pañuelos.

Uno, los rechaza.

Rejman, la tos como montaje o signo de enfermedad, cara angulosa, barba rojiza, apoya el pañuelo que le acerca el joven desaliñado de suéter azul sobre la mesa, al lado de la tasa de café que se enfría, mientras habla, mientras este grupito más o menos crédulo lo escucha y él sabe que no hay ni una idea suya, donde lo único suyo que hay es voluntad de compilador. Tose de nuevo, Rejman, y empieza a hablar.

No hay poder, dice, sin una negación, sin una rebeldía potencial.

En una de las mesas adjuntadas a la suya, cerca de la ventana, una mujer de ojos verdes que aún no se llama Emma para él, lo escucha. Esa mujer, que lo mira y lo escucha desde la mesa adjuntada, lo desprecia y lo admira de alguna manera. Emma, que así empezará a llamarse luego ella para Rejman, lo desprecia, lo admira con desprecio. Cree, la mujer que empezará luego a llamarse Emma, que él, Rejman, es inteligente, pero absurda, inútil, masculinamente violento. Cree que la violencia inútil y masculina de Rejman es motivo de desprecio. Piensa que debería decírselo. Piensa, mientras lo mira, mientras mira la barba rojiza, la cara angulosa de Rejman, sus manos en el aire, mientras lo escucha decir que sin una negativa potencial no

hay poder, que no sabe si podría hacer el amor con un tipo como él.

No sé si podría, piensa.

Un tipo como vos, piensa como si le hablara.

Piensa, aunque me gustan tus palabras y la furia de tus gestos, no sé si podría meterme en tu cama. Y piensa que le gustaría averiguarlo.

Los hechos, sentencia Rejman que no ha vuelto a tocar el pañuelo que apoyó junto al pocillo de café, son como los textos, como un libro. No se puede hacer preguntas a un libro, un libro es una forma abierta sólo si sabemos leerlo, si no es una forma cerrada. Pensemos en un libro en, por ejemplo, alemán, dice, partiendo de la base de que yo no sé leer alemán. Lo mismo con los hechos, explica Rejman, no se les puede preguntar, no se puede indagar. Lo único que se puede hacer, dice, es aprender alemán.

La mujer, Emma, distrae sus ojos verdes en la furia de los gestos de Rejman mientras éste habla.

La aparición de los jacobinos, dice Rejman apoyando las manos en la mesa sobre la que están los pocillos de café enfriados y bebidos a medias y el pañuelo que le acercó el muchacho de suéter azul, transformó en hechos lo que sólo eran balbuceos sobre el poder.

Dice: La inteligencia del Estado es básicamente un mecanismo destinado a alterar el criterio de realidad.

Algo sobre la filosofía de la praxis, dice después.

Cuando termina hay un momento de silencio, espeso como niebla, y alguien toma la palabra. Tampoco allí habrá ni una sola idea nueva y Rejman lo sabe. Se mesa la barba rojiza en la cara angulosa, no tose, parece atento a lo que allí se conversa, cada tanto lanza una frase, una rectificación, amasada en su capacidad de compilador. Se levanta de su silla y se acerca a la mesa en la que está la mujer que empezará a llamarse, para él, Emma, que lo mira fijamente y que cree que Rejman es violento de una manera absurda, inútil y masculina. Un rato después la reunión ha terminado y ella le propone que se queden un poco más, lo invita a otro café.

El pañuelo queda sobre la mesa de al lado, entre los pocillos de café frío, intocado.

3

Querés que haga algo de comer, pregunta Emma, todavía desnuda y con el gesto cansado y satisfecho. Rejman está tirado en la cama en la que hasta hace unos instantes ellos se ufanaban en escenas de cuerpos entrelazados y sudorosos y dice bueno. Dice como quieras, es lo mismo. Emma se acerca desnuda a la cama donde los cuerpos se ufanaron entrelazados y sudorosos, a la cara angulosa de Rejman, a su barba rojiza, y le pregunta qué comemos.

Hay atún, un poco de pollo, dice, tengo fideos. O mate. Que querés que haga, pregunta.

Qué querés que haga.

Una inútil, violenta, absurda masculinidad se despliega en la cara angulosa de Rejman que siente el placer crecer en la equívoca pregunta gastronómica y contesta.

Que me acabes en la boca, dice.

Ella, desnuda, el rostro ligeramente enloquecido, abre la herida que es su boca y le espeta: Hijo de puta.

Sonríe Rejman al insulto y escondido tras la sonrisa que despliega en su cara angulosa un mapa de arrugas, la cartografía de la suma de los gestos enfurecidos, mira el culo desnudo de Emma que se va al baño. Y piensa, feliz, que acaba de arruinarle a la mujer del rostro ligeramente enloquecido un momento único.

4

¿Café?, pregunta la mujer que empieza a llamarse, para Rejman, Emma.

Ginebra, dice él. Piden ginebra. Dos.

Se miden. Piensa Rejman de la mujer de ojos verdes que ya hace un rato se llama Emma, que tiene el rostro ligeramente enloquecido. No le parece demasiado atractiva pero sí lo suficiente como para estar sentado ahí esperando a ver cómo sigue el juego. Emma, el rostro ligeramente enloquecido y el vaso de ginebra en la

mano pequeña, vuelve a admirar y despreciar a Rejman, que bebe y piensa que debería haber pedido algo más suave: cerveza o quizá fernet. Hablan de otras cosas mientras piensan en rostros enloquecidos y admirados desprecios. ¿De qué hablan el hombre de la barba rojiza y la mujer del rostro ligeramente enloquecido, la boca como una herida en el rostro ligeramente enloquecido, mientras piensan en el otro como un rival, como un misterio, como una curiosidad, como un posible desafío? ¿De qué habla Emma mientras sus ojos verdes se distraen en los ángulos de la cara de Rejman, en las furias de sus gestos? ¿Qué dice, que ideas ajenas, recopiladas, repite Rejman mientras piensa en la ligera locura que asoma en el rostro de la mujer, de Emma?

Al rato ella le dice que no sabe si podría hacer el amor con un tipo como él. ¿Están hablando de los distintos dispositivos de control de la institución familiar cuándo ella, aparentemente de la nada, le dice no sé si podría hacer el amor con un tipo como vos?

No sé si podría, dice. Toma un trago de ginebra, casi el último de su vaso.

Un tipo como vos, dice.

Dice, aunque me gustan tus palabras y la furia de tus gestos.

Rejman, que toma la segunda ginebra pensando que hubiera sido mejor pedir cerveza o fernet, contiene la furia de los gestos en su cara angulosa y mira los ojos verdes, el rostro ligeramente enloquecido y ahora borracho de la mujer que le dice que la deserotiza la absurda inutilidad masculina de su violencia y sin embargo.

Sexo y miedo a las palabras, piensa Rejman.

Coger, piensa.

Y sin embargo, dice Rejman entre trago y trago de la ginebra que debió ser cerveza o fernet, a mí me gustaría coger con vos, sin saber si esto es cierto. Remarca el sonido agrio de la letra ge, la erre final, Rejman, que habla mirando los borrachos ojos verdes de Emma sin saber si, realmente, quiere coger con ella.

No sé si podría hacerlo con vos, repite la boca de Emma que es una lastimadura en su rostro levemente enloquecido.

Hacer qué, pregunta Rejman, que puede preguntar porque no

hay hechos que deban ser leídos, sino palabras. Y ginebra, que debió ser cerveza o fernet, piensa.

Llama al mozo y le dice que le traiga un Camel.

No dice por favor, no pregunta si le podría traer. No pide, ordena: Tráeme un Camel. El mozo empieza explicar que allí no venden cigarrillos.

Un Camel, conseguime un Camel, lo interrumpe Rejman, gesto feroz en la cara angulosa.

Hacer qué, vuelve a preguntar, entonces.

El amor, dice Emma.

Sexo y miedo a las palabras, se repite Rejman.

La conversación se hace definitivamente sexual. Hablan de placeres y displaceres, de deseos ocultos y de lo que no quieren hacer. Ella, la mujer que ya se llama Emma, que tiene el rostro ligeramente enloquecido y la boca como una herida, le cuenta, a media *voz*, borracha perdida, lo único que no le gusta hacer, que no le gusta que le hagan.

No hay poder, ni posibilidad de poder, piensa Rejman, sin una negativa, sin una rebeldía potencial.

El mozo se acerca a la mesa con un Camel. Terminan las ginebras. Pide otra vuelta, Rejman. La beben entre la conversación caliente, afuera la noche fría.

Vamos, dice Rejman y se levanta dejando sobre la mesa el pago, una propina exagerada. Cuando Emma se da vuelta, Rejman, que no fumó ni una sola vez en toda su vida, toma el cigarrillo y se lo mete en el bolsillo.

5

Está de regreso del baño, cubierta con una toalla, la boca como una herida en el rostro ligeramente enloquecido.

Ya te dije que eso no, dice al rato la herida que es la boca de Emma, ya te lo dije antes, no vas a poner tu boca ahí. Tema terminado, dice Emma que está sentada en la cama, abriendo muy

grandes los ojos verdes, deja las absurdas masculinidades para las otras.

Rejman acaricia el rostro ligeramente enloquecido, los hombros que escapan de la toalla. Toma los bordes de la toalla y la deja caer. Emma vuelve a estar desnuda en la cama donde sus cuerpos, entrelazados y sudorosos, se ufanaron en coger cruelmente. Se acaricia, ahora, Emma. El cuerpo desnudo de la mujer de los ojos verdes es acariciado por sus propias manos pequeñas. Sus manos pequeñas toman sus pechos y se los ofrecen a la cara angulosa de Rejman que se acerca y los chupa. Rejman se pone de pie y acerca su verga a la cara ligeramente enloquecida, la pasa por las mejillas de la mujer, ha verga de Rejman, que empieza a endurecerse, pasa por los ojos, por el mentón, apenas por los labios, que se abren, como una herida. La lengua sale de la boca de Emma y roza la punta de la verga de Rejman que retrocede. Los ojos verdes miran la verga que retrocede. Sobre ella se cierra una de las manos pequeñas de Emma. ¿Qué ven los ojos verdes de Emma que miran a su mano cerrarse sobre la verga circuncidada y endurecida?

De pronto el cuerpo desnudo de Emma se desploma sobre la cama donde se ufanó en la crueldad sudorosa un rato antes. Rejman la da vuelta y le lame la espalda. Emma siente el chasquido antes que la picazón. Una vez. Dos. De un lado y de otro, como una cruz o una equis, el cinturón de Rejman le cruza las nalgas. ¿De qué color son las nalgas de Emma, de qué color las franjas que le deja el cinturón de Rejman que le cruza las nalgas dos veces, en cruz?

Lame, él, la cruz enrojecida que dibujó su cinturón en las nalgas e intenta separarle las piernas. Ella repite no y se da vuelta.

6

La noche es fría. La calle, en esta noche fría de invierno está casi desierta. Caminan uno al lado del otro, con las manos en los bolsillos y las bufandas sobre los rostros. Caminan sin mirarse y hablan poco, entre los tejidos de las bufandas se desprenden las pocas palabras que Rejman y Emma se dicen en la noche fría. Cae una garúa fina que enfría aún más la noche de invierno. En una pared una superposición de carteles forma un collage urbano, un rompecabezas espontáneo e impretendido, una cadáver exquisito de frases y formas: el culo perfecto de una modelo, su nombre a medias: Iva, luego un escudo de la CGT, la frase *Mejor que decir* y más abajo: Partido Obrero. ¿Ven los ojos verdes de Emma, los ojos enfurecidos de Rejman, el improvisado cadáver exquisito de la fría noche porteña? ¿Y qué ven, qué leen en el culo perfecto, el medio nombre de la modelito mezclado con el nombre completo de la versión más cristalizada del sectarismo lambertista, el principio de una frase de Perón y el escudo cegetista?

Las manos se hunden en los bolsillos y cada vez son menos las palabras que se desprenden entre los tejidos de las bufandas. Cerca de la esquina un nene de no más de cinco años duerme en el suelo, abrazado a un perro, tapados los dos por una manta sucia. Rejman, la cara angulosa, la barba rojiza cubierta por una bufanda, saca del bolsillo la mano y deja caer sobre la manta sucia, el perro y el nene de menos de cinco años, el Camel apenas aplastado.

7

Las preliminares se están haciendo interminables. La boca en la cara angulosa de Rejman chupa los pechos, la panza, la mano se entretiene entre las piernas, acaricia, separa, aprieta.

Jadea, Emma, con los ojos cerrados y sus manos pequeñas crispadas sobre la cabeza de Rejman.

Cógeme, dice.

Él le pasa la lengua lentamente por la cadera, raspándola un poco con la barba rojiza, y se acerca. Emma abre la herida que es su boca y sale un gemido apagado y seco, crispa sus manos sobre los

hombros de Rejman que está lamiéndole la cadera, acercándose peligrosamente a la zona prohibida pero nada.

Cógeme, susurra, ordena.

La cara angulosa de gesto furioso se pasea por el cuerpo de Emma, lame ahora la parte interior de las piernas de la mujer de rostro ligeramente enloquecido, acaricia el vientre, se deleita con el sonido de los gemidos de la mujer, mientras acaricia y lame.

Las manos pequeñas de Emma se aferran entonces a la cabeza de Rejman y la llevan, inequívocamente. Rejman abre la boca y se hunde entre las piernas de la mujer de ojos verdes, que jadea y gime y llora hasta que se derrama en su lengua.

En el frío, en la noche fría, en el frío de la calle casi desierta, los ojos verdes de Emma miran extrañados a Rejman, que deja caer sobre el bulto que un nene de no más de cinco años y un perro forman bajo una manta sucia el cigarrillo apenas aplastado que sacó del bolsillo.

Entre los tejidos de la bufanda que cubre la cara angulosa de Rejman se desprenden unas palabras.

Estoy tratando de enseñarte algo acá, son las palabras que se desprenden entre los tejidos de la bufanda que cubre la barba rojiza y la furia de los gestos de Rejman, bajo la garúa de la noche porteña.

Porqué, pregunta indignada la boca como una herida de Emilia. Lo golpea con los puños cerrados, las manos pequeñas de Emilia golpean la angulosidad de la cara de Rejman, sus hombros, su pecho. ¿Cuánto dolor le producen a Rejman, impasible bajo la lluvia de golpes pequeños, las manos de la mujer de rostro ligeramente enloquecido? ¿Cuánto placer?

Porqué me lo hiciste, pregunta y golpea, los ojos verdes achinados por el orgasmo reciente, por el odio, porqué justo eso que te pedí que no me hicieras.

Rejman levanta su mano derecha y la cierra como un abanico entre su cara angulosa y los golpes. Mueve en el aire, en semicírculo, su mano del pulgar hacia el meñique, mientras cierra los dedos del meñique hacia el pulgar. Cuando la mano completa el semicírculo en el aire y está cerrada sobre sí misma los golpes de Emma cesan.

Una gota de semen, solitaria y lenta, baja por el miembro de Rejman, camino a sus testículos.

Porqué, repite la mujer, repentinamente calmada.

Un triunfo de la voluntad sobre la voluntad, piensa Rejman, del deseo sobre el deseo. Piensa: Como un pañuelo, un cigarrillo; menos.

Y dice: Porque puedo.

SANTA ROSA

Beer

rivers and seas of beer

beer beer beer

he radio singing love

songs

as the phone remains silent

and the walls stand

straight up and down

and beer is all there is.

Ch. Bukowski

El 90 lo dejó en la esquina de Corrientes y Brausen. Subió caminando por Brausen, mortecinas las manos en los bolsillos, arrastrado el andar, como si los pasos no se decidieran a ser dados y silbando algo que pretendía, sin suerte, ser la milonga *Baldosa floja.* El barrio guardaba aún cierto encanto que el suyo ya no tenía y que –conjeturó– éste tampoco tardaría en perder: almacenes que destilaban olor a longaniza y roquefort para horror de las jovencitas que regresaban del dietólogo y solaz de los muchachos que compraban fiado y bebían cerveza en la vereda, señoras que empujaban orgullosas y ajenas sus changuitos rumbo al mercado con las cabezas coronadas por los culeros que sus nietos no les habían podido robar para hacer gomeras, billares con enormes cortinas que recordaban haber sido blancas y polvorientos estantes poblados por polvorientas botellas de Pineral, cognac y legui.

En Guardia Vieja dobló a la derecha, caminó media cuadra y entró empujando la puerta con el pie. El mobiliario del bar –que incluía, sin duda, al mozo español– era austero, previsible y perfecto:

seis mesas, treintaitantas sillas y una barra; todo del mismo marrón oscuro y doliente. En la pared, tras la barra, un espejo gastado desdibujaba las imágenes de los jubilados que jugaban sus pequeñísimas fortunas al dominó o al tute y un cartel advertía sobre la prohibición de escupir en el suelo. Se sentó al lado de la ventana y frente a la puerta y pidió una cerveza.

–Bien fría y con maní –agregó.

Sin poder imaginarse de otra manera o en otro lugar, haciendo lo suyo con desinterés y eficacia, el mozo se acercó con la cerveza y el plato con maníes y le sirvió el vaso hasta la mitad. Jotacé terminó de llenarlo y luego, usando la servilleta como palita, retiró los restos de espuma con teutona habilidad. La cerveza era, por suerte, cerveza y no Bieckert. Dio un largo trago y miró el cielo a través de la ventana. Empezaba a ponerse gris y estaba naciendo un viento espeso que en pocos segundos levantó algunas hojas del piso, el pelo y la pollerita azul de una preciosa adolescente y las posibilidades de que llegara, al fin, la retrasada tormenta de Santa Rosa. Tomó otro trago. La cerveza era mejor que el viento fresco en septiembre, que las piernas desnudas de la quinceañera de pollerita azul, mejor que el bar y el mozo viejo. Mejor que los billares y los almacenes casi perdidos. Esa cerveza fría le estaba dando, sencillamente, sentido y valor a las cosas. Sentido a la tarde, valor a él.

Miró el ticket sobre la mesa e hizo un arqueo mental de lo que le quedaba en la billetera. Le alcanzaba para una más y lo que sobraba no llegaba a pagar un boleto de colectivo.

–Si todo sale bien me vuelvo a casa en taxi y si no –tragó la idea con lo que le restaba del vaso– si no, perdido por perdido, patrullero o ambulancia, alguien se va a ocupar de llevarme a algún lado.

–Otra –dijo levantando la botella vacía.

Tomó la segunda cerveza de a poco, paladeando cada trago, poniendo especial atención en la ceremonia de la servilleta y la espuma que le había enseñado muchos años atrás el viejo Von Reuher. Al maní le faltaba sal. A la cerveza no le faltaba ni le sobraba nada, seiscientos cincuenta centímetros cúbicos de un milagro amarillo con una completa ausencia de defectos. Cuando la terminó llamó al mozo, le dio los tres billetes apenas arrugados y, sin esperar el magro vuelto, se levantó diciendo gracias.

En el baño tuvo que escuchar comentarios acerca de la locura del tiempo, del nuevo –y obvio– triunfo de River sobre San Lorenzo y de la escasa ropa que insistían en ponerse las porteñas, hasta que el tipo del mingitorio contiguo, que había entrado detrás suyo y parecía apurado o nervioso, terminó y salió sin lavarse las manos. Cuando se quedó solo se lavó la cara dos veces y se miró en el espejo: estaba bastante cansado y un poco aburrido pero conservaba la fiereza. Después revisó el .38. Las balas, el tambor, el seguro.

–Algo viejo, algo magullado –sonrió mientras lo guardaba entre el cinturón y la espalda–, pero todavía fuerte, leal.

Cruzó la calle mientras trataba de decidir cuánto tardaría en ponerse a llover. Actuó como un viejo lobo profesional –con rapidez, tranquilidad y orden– y en cuatro minutos todo estaba donde debía estar: los tres empleados encerrados en el baño, la plata de la inmobiliaria en su bolsillo, Jotacé camino a casa.

Subió caminando por Brausen, inquietas las manos sobre el fajo de billetes, firme el andar, tarareando muy bajito una melodía confusa. Apenas antes de llegar a Córdoba sintió las primeras gotas en la cara. Entonces apuró el paso y en la esquina paró un taxi.

–Avellaneda y Díaz Grey, por favor –dijo, mientras la tormenta se desataba sobre Buenos Aires.

Entrevista

A CARGO DE ROCCO CARBONE

Buenos Aires

febrero 2008

1. Para empezar, el mito de origen. En qué clima empegaste a escribir. Tenes algún recuerdo, alguna anécdota. O, más general mente, podés mencionar una situación concreta del cuándo al cómo: contestando a qué impulso empezaste a hacerlo.

A ver... Allá por julio del '97, y en el transcurso de unas pocas semanas, mi vida se puso oscura: fundí la camioneta –yo era fletero así que eso significaba sin vehículo y sin trabajo me separé de quien era mi mujer, se disolvió 7 Whiskies Dobles –la banda en la que pergeñaba letras y maltrataba el bajo– y murió mi abuelo. Me encontré, entonces, dolorido de un dolor que sólo se experimenta cuando muere un ser querido, sin dinero ni posibilidades de conseguirlo a la brevedad (sin medios de producción ni de vida, hubiera dicho antes), de regreso –vencido– en la casita de mis viejos y con que habían naufragado mis proyectos artístico y de pareja. *Y* con la sensación, equivocada, de que mientras yo me debatía en estos infiernos menores, todos mis amigos vivían una vida normal y que no había dónde ir a buscar auxilio.

Una noche cualquiera, ya a principios de agosto, marqué tres o cuatro avisos de laburo en el *Clarín* para ir a ver al día siguiente pero cuando conté las monedas que tenía en los bolsillos me di cuenta de que me alcanzaba para un boleto y pico de bondi, como si ahora fuera un peso diez. No había forma de estar en horario en los lugares estipulados sin medio de transporte. Tenía, entonces, que elegir un aviso, el más prometedor, y después volver caminando. Bueno, en lugar de eso bajé hasta el kiosco de al lado de mi casa, pedí una cerveza medio fiada –recordemos las monedas–, volví a mi cuarto y, en una hermosa Underwood del año '36 ruidosa como la san puta, empecé a escribir sobre un tipo que bajaba del colectivo 90 y caminaba hasta un bar de la calle Guardia Aleja. Cuando el tipo

empujaba la puerta del bar con el pie, lo dejé y me fui a dormir. Al día siguiente supe que el tipo era un ladrón. Una semana después había terminado “Santa Rosa”, último relato de este libro.

2. Del mito a la formación. De las influencias quiero hablar. ¿A qué otros autores y, concretamente, a qué libros referís tu literatura? No te estoy pidiendo una sarta de nombres que lleguen a resultar frenéticos o intimidatorios, sino tu postura frente a esos textos: desde dónde los leés, de qué manera tos incluís en tus tramas, cómo te contaminás de ellos, de qué modo –si son textos extranjeros– los descontextualizás para contextualizarlos en tu literatura. ¿De qué elementos de otros textos suele apropiarse tu literatura?

De verdad que no sé muy bien, me parece que tengo una formación y un bagaje de influencias que se han dado más por osmosis que de manera consciente. En cuanto a la recontextualización, supongo que a casi todas las influencias hay que recontextualizarlas –por ajenas a nuestro lugar, a nuestra lengua, o bien por ajenas a nuestra época– y eso, darle un nuevo contexto, se hace desde la experiencia. El asunto de la praxis, bah.

En cualquier caso me gustaría pensar que aprendí la simpleza –no la simplicidad– de tipos como Hemingway o Carver; que le debo a Arlt, a Onetti y a Borges, pero también a Homero Expósito y al Indio Solari, el uso de la lengua del Río de la Plata; que encontré leyendo policial negro norteamericano –y francés– un forma de narrar el entramado social, algo en lo que también me eduqué robándole a Andrés Rivera, Paco Ignacio Taibo II, Manuel Vázquez Montalbán. Qué sé yo. Basta de nombres, ¿no?

3. ¿Cómo empieza a forjarse Entonces sólo la noche? ¿Es tu primer libro? ¿Escribiste y publicaste otros? ¿Cómo, cuándo? Y pienso en el género: ¿privilegias el cuento o practicas otros géneros literarios? ¿Cuáles, por qué?

Bueno, como te dije, el primer cuento que escribí es el que cierra este libro. Y el último, “50 pesos”, lo terminé hace unos pocos meses. Así que, de alguna manera, *Entonces sólo la noche* tardó diez años en forjarse. Tengo además de estos cuentos –y algunos otros que no integran este volumen– una novela, O*peración Bukowski,* que fue publicada por editorial Mondragón en 2004 –la escribí entre 2000 y 2003, durante mi exilio económico en Estados Unidos– y otra que permanece inédita, *Lo que* no fue.

En cuanto a la elección de géneros, ésta tiene que ver con los

temas. Las historias eligen su forma. O al menos uno tiene que estar atento para elegir la forma adecuada. Hay historias que son novelas y otras que son cuentos. Y no por capricho sino por extensión, tensión interna, posibilidades de digresión, objetivos narrativos, todo eso. Quiero decir, pongamos de ejemplo a Onetti, que es imposible escribir una novela con el argumento de "El infierno tan temido" o decir en un cuento *La vida breve.* Creo.

4. En cuanto a tu labor literaria, una serie de preguntas. Me gustaría que las articularas. Se dice que todo escritor tiene sus monomanías, ideas fijas, sueños recurrentes. Le obsesiones hablo. ¿Cuales son aquéllas que definen tus temas o que son constantes en tus libros? ¿Escribís regularmente o por rachas? ¿Cómo trabajas? Planes, intuiciones súbitas y escritura, servilletas de bar. Haces esquemas que respetas. O que se alteran durante la escritura.

Eh... Te voy a volver loco contestando no sé, supongo o creo a todas tus preguntas, pero qué le vamos a hacer, como decía un amigo de todos nosotros: Yo no soy un intelectual, soy un tipo que escribe historias. Y la verdad es que no tengo una idea muy clara sobre mi trabajo.

Releyendo los cuentos para seleccionarlos para esta publicación me pareció ver que sí, que hay algunos temas que se repiten y que quizá son mis obsesiones: la amistad, la literatura como tabla de salvación, la construcción de la propia personalidad y el propio destino y, en oposición, la idea de fatalidad. Una suerte de existencialismo tardío y un poco berreta. Qué sé yo. Debe haber otras cosas, yo no las veo.

Escribo de casi todas las formas que mencionas, según la historia. Y he violado cada una de las verdades sagradas de todo escritor. Por ejemplo: es unánime la sentencia de que no se puede escribir un cuento si uno no sabe el final. Pues bien, como dije antes, aquella primera noche de escritura, cuando hice bajar a mi personaje del colectivo e ir caminando hasta el bar de la calle Guardia Vieja yo no tenía idea de quién era ese tipo, ni de lo que iba a hacer. En fin, a veces los planes se respetan, a veces no: en *Operación Bukowski,* por ejemplo, tenía la idea, los personajes, el formato que quería usar y así lo hice. *Lo que no fue,* en cambio, nació con otro título, iba a suceder en México entre junio y agosto de 1940 e iba a tener una trama distinta, pero la historia secundaria fue ganado fuerza y a la mierda con todo: cambió de título y se mudó a España, a una mañana de mayo.

5. Mientras armas una obra, lees a alguien para inspirarte o preferís concentrarte en tu faena? Después de haber terminado un texto, ¿qué relación estableces con él? Hablar, acariciar, insultar. ¿Lo das a alguien para que lo critique y lo corrija?

Leo siempre, esté escribiendo o no. Lo que sí hago, usualmente, es ser cuidadoso con lo que leo para que no afecte mi escritura, sobre todo si el asunto está muy en pañales. Pero esto también está atado a mis intuiciones y no quiere decir siempre lo mismo, en algunos casos puede querer decir no leer nada que esté en el mismo barrio de lo que estoy escribiendo para no contaminarme y en otros nada demasiado alejado para no perder el tono.

Una vez que termino un texto y lo tengo armado e impreso, me pasó sobre todo con las novelas, establezco una relación medio fetichista, que puede durar entre algunas horas y un par de días, de tocar las páginas, acariciarlas, hojearlas una y otra vez.

Si le doy un texto a alguien para que me sugiera correcciones es que no está terminado. Cuando un relato está terminado sólo admito devoluciones como me gustó o no me gustó. Pero no correcciones. Como le recomendó a un escritor otro gran amigo nuestro: Nunca escriba nada que no le guste, y si le gusta no acepte el consejo de nadie de cambiarlo; los demás no saben.

6 En esta secuencia de cosas: ¿tenes amistades literarias? Quiero decir, un grupo de pertenencia o de discusión donde se ejercite una práctica critica acerca de sus textos. Si no lo hay: ¿sentís tal necesidad?

Bueno, creo que no. Es decir, tengo algunos amigos, pocos, que son grandes lectores o escritores ellos mismos. Ahora, no son amistades literarias, son amistades sin más, basadas en el amor, la confianza, el respeto y algunos cuantos litros de cerveza o de whisky. Eso, amistades. Algunas veces, cuando tengo alguna duda o inquietud con respecto a un texto, a esos amigos les doy a leer algún relato y les pido sugerencias. No mucho más. Y no, no siento la necesidad de un taller de escritura privado.

7. Hacia las enemistades. La pregunta que paso a formular, a lo Arlt, invita a hablar mal de los colegas. ¿Cuáles son los sectores de vanguardia, aquéllos conservadores y los representantes de la tradición literaria en el ámbito de la literatura argentina?

No sé mucho de la vanguardia y el conservadurismo en la

actualidad de la literatura, ni argentina ni de ningún otro lado. Lo acotado de mi presupuesto y de las horas que puedo usar para leer no me permite demasiada investigación y prefiero usar esos recursos para la lectura de, por ejemplo, Enrique Wernike. La política del placer, como se puede ver.

Ahora bien, te puedo decir que me gusta mucho el trabajo de Pablo Ramos y Fabián Casas, quizá los dos mejores exponentes de nuestra generación, aunque me preocupa un poco que, mal leídos, generen entre quienes los emulan una suerte de malditismo merquero uno y de literatura chabón el otro; que los personajes se coman a los escritores, bah.

Por otro lado me hinchan las pelotas los poetas que se publican y se leen a sí mismos y sólo balbucean grititos preadolescentes, los escritores que escudados en la ruptura de la formalidad escriben historias sin historia y aquellos que escriben pensando en lo que sucede en las aulas de Puan. Los nombres que los ponga cada uno.

8. Esta pregunta la conecto con la penúltima y la ensancho: del lector hablemos, sin complicidad ni condescendencia. Antes de la pregunta, un recuerdo. Roberto “Tito” Cossa en la Encuesta a la literatura argentina contemporánea (CEAL, 1982) dice que su lector ideal es una persona sensible. Pero pronto retruca: 'más ideal' aún si paga la entrada”. Del teatro a la narrativa y salvando la distancia de los géneros: tu lector “ideal” es el que compra tu novela (o la roba en la calle Corrientes)? En definitiva: ¿a qué tipo de lector pretende interpelar tu literatura?

No sé, supongo que mi lector ideal es uno que, la definición es de un amigo, está buscando un texto perdido en la maraña de librerías. Y, puesto a elegir, prefiero que este lector hipotético e improbable no tenga la plata para comprar el libro. O mejor, que la tenga y elija gastársela en una botella de whisky y que se robe el libro en lugar cié comprarlo. Me gusta la idea del tipo leyendo el libro robado mientras toma whisky del pico y se hace amigo de las historias. Es un acercamiento más arltiano a la cultura. Un lugar de apropiación, una trinchera. Pero no estoy seguro, eh.

9. Buscando ese mango que te haga morfar. Vivir de la literatura es una quimera, sobre todo en un país como la Argentina en donde la figura del “escritor profesional” es un raro privilegio. ¿Es posible llevar a cabo una “carrera literaria” en Buenos Aires, concretamente, ya que sos porteño? ¿Cuáles son los impedimentos que encontráis o encontraste? Y correlativamente: ¿qué actividades llevás

a cabo para seguir sobre el nivel de flotación?

Tendríamos que repensar las definiciones. Escritor profesional, además de ser una posibilidad remota, es una definición que me da un poco de vértigo. Carrera literaria, mmh... Yo no tengo ningún apuro por llegar a ningún lado, Rocco, no sé si puedo pensar en términos de carrera. Digamos que me gusta escribir, que tengo algunas historias para contar y que quiero que esas historias sean leídas. En cualquier caso, éste va a ser mi segundo libro publicado, hay cuentos míos en una par de recopilaciones de acá y del exterior, me quedan unos cuantos relatos y otra novela en el cajón, la revista de la que soy parte, *Juguetes Rabiosos*, lleva 10 números en la calle. Qué sé yo, si aquella noche de agosto del '97 –cuando con una cerveza y una Underwood prehistórica trataba de hacer que un personaje bajara del bondi y caminara tres cuadras hasta un bar–me hubieran dicho que diez años después iba a estar acá, hubiese firmado sin dudar. Desde mi perspectiva un poco lumpenota, esto que tengo es, de alguna manera, una "carrera literaria". O algo así.

En cuanto al nivel de flotación, digamos que para costearme comida, cerveza, discos y lo que podríamos llamar el vicio de la literatura, hice –emulando a mis narradores norteamericanos preferidos– un montón de trabajos, la mayoría más o menos legales. Y que actualmente laburo como operador educativo en el Instituto de Menores Gral. San Martín, donde además doy un taller de narrativa.

10. Final. ¿La crítica literaria se intensó ya en tu obra? ¿Tomás en cuenta lo que dice esa "respuesta cultural" a lo que escribís? Si todavía la crítica no se manifestó: ¿te agradaría que lo hiciese? ¿La buscás? ¿La invitas a /a lectura enviándole ejemplares de tus libros?

Cuando publiqué *Operación Bukowski* hubo reseñas, por aquí y por allá. Algunas buenas, otras no tanto. Esas críticas, unas y otras, hicieron que me dieran cuenta de que había cometido un error estratégico: *Operación* no era un buen libro para ser mi primer, único libro en la calle: por la forma en que está narrado y las características del personaje principal, mi voz y la suya tienden a confundirse y, al no haber otro libro mío para comparar, yo aparecía como un escritor distinto al que soy. Supongo **y** espero que *Entonces sólo la noche* venga a reparar esa confusión, ya que creo que es un trabajo mucho mejor para medirme.

Y sí, espero ansioso la "respuesta cultural" de la crítica, sobre todo si me pega. La felicidad, decía un chiste de Rep, es tener enemigos.